

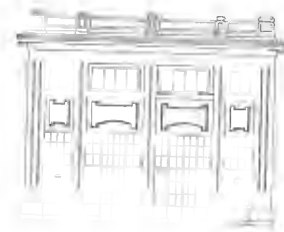
EL LIBRO
DE
LAS PREGUNTAS

VOLUMEN II

EDMOND JABÈS

traducción:

José Martín Arancibia



EDICIONES SIRUELA

Título original: *Le Livre des questions* («Yaël», «Elya», «Aely», «El»)

En sobrecubierta: *fotografía de Jacques Sassier* (derechos reservados)

Diseño gráfico: *J. Siruela*

Las introducciones de Jabès a sus propios textos han sido tomadas de «Las siete contraportadas de *El libro de las preguntas*» (*El libro de las semejanzas*, traducción de Saúl Yurkiévich, Ediciones Alfaguara, Madrid 1984).

© Éditions Gallimard: *Yaël*, 1967
Elya, 1969
Aely, 1972
El, 1973

© De la traducción, José Martín Arancibia

© EDICIONES SIRUELA, 1991
Plaza Manuel Becerra, 15. El Pabellón
28028 Madrid. Tel.: 355 57 20 / 355 22 02
Telefax: 355 22 01
Printed and made in Spain

Índice

IV. YAEL	11
<i>Dedicatoria</i>	13
<i>Antedecir</i>	17
<i>El tiempo de antes del relato</i>	31
Mis personajes fuera del libro y en él	33
Las luces del mar	39
El miedo del tiempo	42
El largo diálogo de los siglos	53
El espejo de los tres azogues	58
El jardín	63
La muerte de Dios	70
<i>El relato</i>	75
La muerte de Yael	77
Diario I	82
Diario II	104
Diario III	115
El libro	127

V. ELYA	129
<i>En las fronteras del traslibro</i>	135
<i>El traslibro</i>	141
Un charco	143
El espejo roto de las palabras	146
Del día a la sombra del día	153
Contra prueba	158
Memoria de una muerta memoria	161
El libro que hay en el libro	163
Prenda del abismo	165
Nacimiento de sí	168
A pleno sol, el gesto	173
La transparencia del tiempo	175
<i>El libro</i>	185
Puerta, I (El margen)	187
Puerta, II (El nombre)	197
Puerta, III (Una tarde en el parque del palacio de Luxemburgo, París)	205
Puerta, IV (El discípulo)	209
VI. AELY	215
<i>Antes del antelibro I</i>	219
<i>Antes del antelibro II</i>	225

El umbral de los resplandores	227
El umbral de la mirada	229
El umbral de la nada	232
<i>El antelibro I</i>	235
En ninguna parte	237
Escribir	241
En la intuición del libro	243
<i>El antelibro II</i>	247
En los pliegues del antelibro, I	249
En los pliegues del antelibro, II	251
Donde la palabra responde al nombre de Yael	254
<i>El antelibro III</i>	259
El cuaderno en blanco	269
Los comentarios	273
La primera velada en la calle Ben-Yehudá en Jerusa- lén	276
La segunda velada en la calle Ben-Yehudá	279
Diálogo a propósito de Yael y de Elya	281
La crisis o los tres tiempos de una espera de la muerte.	286
<i>La errancia</i>	291
Primer acercamiento al libro (La página en blanco) ...	293
Segundo acercamiento al libro (El vínculo)	298
Tercer acercamiento al libro (Respuesta a una carta) ...	300
Cuarto acercamiento al libro (Acerca de la naturaleza del obstáculo)	306

Quinto acercamiento al libro (Y.H.W.H. o el nombre impronunciable)	309
Sexto acercamiento al libro	330
Séptimo acercamiento al libro	337
El libro está solo en el libro	342
<i>El libro</i>	343
Primer acercamiento a Aely (La respiración)	345
Segundo acercamiento a Aely (La calle)	348
Tercer acercamiento a Aely (El sueño)	351
Cuarto acercamiento a Aely (El signo)	353
La estrella	357
Carta de Alain	359
VII. EL, O EL ÚLTIMO LIBRO	361
IV	373
IV	385
III	391
II	413
I	423
431	I
441	II
451	III
457	IV
465	

IV

Y A E L

Esta obra comprende dos partes: El tiempo antes del relato —que es la obsesión— y El tiempo del relato que se presenta en forma de diario.

Una mujer, Yael, se debate entre un pasado silencioso, figurado por un niño que nació muerto, y el porvenir que ella desea.

Ella es la Palabra del libro y la única que tiene un nombre.

El hombre al que está unida, excedido por sus mentiras, en un gesto de desesperación, cree haberla eliminado. De hecho, es a su propia vida a lo que pone fin y este asesinato es el suicidio del Creador en el seno de la Creación.

Tras los rastros de Yael, el narrador emprende una búsqueda angustiada de la verdad hasta tomar conciencia —como recuerdo vago pero pertinaz— del crimen original.

Así se interroga el libro, testigo de una edad oscura, revelado por cada centella del tiempo que él destruye.

DEDICATORIA

Preguntarse ante otro: ¿de qué manera aquieta en sí el deseo de ser Todo?

¿Sacrificio, conformismo, trampas, poesía, moral, esnobismo, heroicidad, religión, rebelión, vanidad, dinero?

Georges Bataille
L'expérience intérieure

Sin tratar de ver en ello algo más que una coincidencia, no puedo dejar de observar la precisión con que ese encuentro de símbolos responde a lo que para mí es el sentido profundo del suicidio: llegar a ser, al tiempo, *uno mismo* y *el otro*, varón y hembra, sujeto y objeto, lo matado y lo que mata —única posibilidad de comunión con uno mismo.

Michel Leiris
L'âge d'homme

Él presente con claridad que, en esa ignorancia, la idea de morir ha sido arrastrada, y cuando, mediante cierto deslizamiento de las palabras, ella le da a entender, combatiendo doloridamente con lo que desconoce, que es como si se hallase privada de finalidad y que, si tuviese que morir, sólo podría hacerlo por la muerte de él, le parece que ese pensamiento pertenece al juego de la ignorancia entablado entre la palabra y la presencia.

Él habla de la cuestión, la palabra no traiciona la ignorancia.

Maurice Blanchot
L'Attente l'Oubli

Viva por mi voz
y muerta de mi fe,
a ti, Yael, a ti
este libro de una vez,
donde yacen nuestros sueños.

Habrá, al final de los tiempos, el inmenso libro abierto del espacio, donde el recuerdo de los mundos y de los hombres grabará, como en la piedra, su canto de dolor, de ternura y de amor.

Algún día, Yael, sabremos qué parte de nuestra muerte habremos sacrificado a la sed.

(No sabíamos. Nos hallábamos en el umbral del saber, en el ocaso de las fuentes.)

La alameda fue, en su luz, nuestra lógica.

... Aquel sueño que fue una espantosa asfixia del alma, luego una elevada idea de la muerte y después un vulgar cuaderno en el que los días topaban con la noche.

ANTEDECIR

Digo: Soy la muerte y, al momento, yo existo antes que Dios.

¿Rechazar la imagen de Dios no es rechazar la Creación?

¿Pues dónde estaría la verdad si no es en el espacio ardiente que media entre la letra y la letra?

El libro, pues, se lee primero fuera de sus límites.

(Dios es la muerte medida e inmensurable de Dios.

Aquel que por sí mismo fue destruido, ¿de qué se acordará sino de notorias destrucciones?

Grito, deseo del libro previo al libro. Ah, muerte, contigo, todo se ha dicho.

Nudo de vida — ¿Por qué he pensado naturalmente en nudo de víboras? Una ruptura, entrevero de sol y de océano, ha fulminado con sus fuegos líquidos al universo.

¿No muere el vocablo a causa del veneno florido de la pluma, igual que de la punta de la piedra o del cuchillo?

Una vez rematado, en su forma consentida, lo leen, le nacen.

Así se nos presenta el origen, a través del Mal y del Bien que son la expresión de nuestras leyes efímeras.

Nuestro nacimiento se inscribe en el instante inmemorable de la muerte del mundo y de Dios.)

Aquel que, mediante engaños u otro artificio, te robó el mundo no merece más que odio violento. Que contra el Enemigo del alma el combate sea decisivo.

Y si sales victorioso, seguro que por soledad o cansancio, sentirás, más tarde, cierta indulgencia por tu víctima y, luego, acaso, alguna ternura. Pero cuídate del amor insensato que te puede llevar a desear apasionadamente a Dios.

Aquel que aspira a darlo todo nos priva de futuro. Ofrecer es

dilatarse, es forjar nuestros días venideros con lo mejor de nosotros recogido para los demás. Dios es la traba a la fraternidad universal, la prohibición al hombre de imaginar la bondad;

pero para aquellos prendados de amor a los que obsesiona la eternidad, ir a Dios para adorarLe o destruirLo es tocar el fondo del desamparo humano; pues nuestra desesperación radica en el acto que nos lleva a reivindicar la muerte de Dios para amarLe más que a nosotros mismos, contra nosotros mismos.

Un gran amor lleva luto por el amor.

Ah, Yael, cuánto te habré, en mi miseria, amado.

2

(La palabra es la prueba, y la llamada el pacto.

Una aurora y luego el cumplimiento del día. La eternidad se conserva.)

3

No quedándoLe nada por inventar, Dios Se extinguió en Sí mismo. Sería interesante saber cuál fue su última invención —la que Le resultó fatal—. Hay quien dice que el hombre.

(Inocencia del Mal, el pecado original, más que pecado de Ciencia, ¿sería la parte de responsabilidad en la muerte de Dios que, por haber nacido los últimos, asumimos plenamente nosotros?)

(Esperando eliminar el mal que nos mina, ¿he mantenido bajo el agua demasiado tiempo tu cabeza de niño, muelle aurora, esponja?)

Orilla de la ausencia donde arribó el cuerpo, la luz desprendida de la palabra intercambiada, para vosotros se esparce, muertos vivientes, secretamente.

Te entreabres en tu yema. En tu carne, allano la nada.)

Un círculo
y, en ese círculo, otro
círculo
y, en ese nuevo círculo, un círculo
nuevo
y así de continuo
hasta el último círculo convertido en un punto
avasallador,
y luego un imperceptible punto;
pero increíblemente presente;
pero majestuosamente ausente.
Una mujer y una palabra,
una mujer que da vueltas sin sentido,
en torno a una palabra que no halla su objeto;
lentamente al principio, de prisa después;
increíblemente de prisa
hasta no ser ya, en el espacio en el que fueron alzadas,
más que un círculo,
tras un círculo más pequeño,
cada vez más pequeño,
grotescamente, ahora, pequeño.
Un hueco, una mirada vacía;

una mirada de noche;
 un ojo sacado.
 ¿Y qué? Lo miramos.
 Nos sumimos en él.
 ¿Es eso lo que llaman: Unidad?
 ¿Un círculo disgregado?
 ¿Un grito, un paso, una confesión
 circulares?

5

*(¿Ha sido acaso tu corazón, Yael, quien me hizo odiar
 a Dios?)*

Yo te acogí, como a una palabra.

«Yo» es el libro.)

El 17 de marzo del año pasado tuve un sueño que me sumió
 en una gran angustia.

Una mujer se servía, para sus propios fines, de mi vida.

«¿Lilit, Eva, Cresida? ¿Quién es?», me habrá de escribir, más
 tarde, Gabriel.

—La mentira de Dios, me decía a mí mismo.

Hermosa por la muerte.

Nuestra muerte, seguro.

6

*(Uno insinúa que Eva fue la primera palabra de amor
 de Dios; el otro, en cambio, que fue la última.)*

*Eva traicionó a Dios
 y Dios creó la noche.*

*Conoceremos, en su brutalidad, el patetismo de la
 mentira.*

Ah voz de la rosa y del légamo.

*¿Se trata, en último término, de que sepamos si la pala-
 bra nos fue concedida únicamente para que pudiéramos asen-
 tarnos cómodamente en la mentira?*

*Felizmente, nos hace morir. Y, contra nosotros mismos,
 con sacrificio de nuestra carne y de nuestra sangre, la verdad
 se imprime en caracteres de resplandeciente negatividad.*

*en el vacío azul celeste
 en la nada oscura.*

*Por cada vocal y cada consonante, escucha latir el pulso
 del libro en el olvido immaculado del mundo.)*

—Donde falta mi voz, se infiltra la del libro.

—Dinos cuál es la voz del libro.

—Una voz conocida. Quizá la mía.

—¿Eres tú el libro?

—Ah, ¿soy yo?

—Donde falta del libro la voz, se consume la tuya.

—¿Qué voz podría emerger del silencio del libro?

—¿Hablarías tú desde lo más recóndito del silencio?

—¿Soy la palabra? ¿Soy yo el silencio?

Esto es un libro, o más bien la esperanza escrita, rescrita, de noche en noche, de un libro como si no pudiera formarse sólo por la escritura; como si se formase en otro lugar, lejos de mi pluma, sin mis vocablos pacientemente aguardados, sino con otras palabras, otros sueños, por otras vías, en el curso de otras paradas, con otros gritos, aunque con el mismo silencio.

Hace un buen rato que dura, un buen rato que me escribo porque, desde el prelude hasta el término, a fin de cuentas, no hay sino un hombre y yo me he acostumbrado a caminar por la palabra, y siguiendo los pasos de una palabra desconocida.

Escribo, pues, igual que hablamos en voz baja a nuestra sombra; en voz tan baja a veces que nuestras palabras se confunden.

A medida que me hablo, mis palabras me dejan y van a sumirse en el silencio. Concluyo, pues, que el libro es esa tierra cuyo subsuelo está formado por mis vocablos soterrados. Tierra árida, carente de sombra.

¿Qué tengo que decirme, que escribirme? Ante todo, haré una distinción. Quien se habla, remasca algo sucedido o por suceder, monta en cólera o se entenece —por lo general— ante un acontecimiento que acaba de producirse o se aturde con palabras cuyo sino es que no las pronuncien otros nunca; en tanto que quien escribe... Ah, no tiene nada que ver.

El acto de escribir se inscribe tras una serie de gestos —como mínimo, tres— que solemos creer naturales, pero que no siempre lo son y que lo confinan a una distancia tanto mayor de la mano que los ha tomado a su cargo cuanto que esa mano, alimentada de tinta, en cada frase, guarda las distancias con el ser humano al que pertenece.

Podemos decir todo lo que se nos ocurra; no podemos —ni aun empeñándonos— ponerlo tal cual en el papel.

La postura del hombre en su mesa de trabajo es la del pescador de caña junto al río. Aquél tiene ante los ojos, durante horas, un folio virgen; éste, el agua y, en la superficie, un círculo de agua más clara cuyo centro de atracción es el anzuelo. Aquél acecha el vocablo; éste, al pez. Vemos así la importancia de la pluma y las precauciones que deben tener los dedos que la sujetan para no estorbar sus movimientos y desplazamientos que, discretamente y como a hurtadillas, siguen el rastro del paso de su presa, y aun en ocasiones se le adelantan.

Vivo, desde hace mucho, bien avenido con los vocablos; pero eso no quiere decir que, bajo cualquier circunstancia, me den muestras de apego.

Algunas mañanas, me cuesta mucho encararlos. Todo los contraría. Nos miramos como el perro y el gato; yo soy, claro, el perro. Con mi fidelidad sometida a dura prueba, husmeando el momento en que pueda producirse la metamorfosis. Y el gato, para complacerme, volviéndose perro.

7

Mujer, acuéstate. Eres una verdadera mujer y yo hombre capaz de despertarte.

Sólo puedo aceptar a Dios muerto, igual que te he deseado muerta, Yael, en el cielo que desfallece.

Ah, hasta qué punto.

El sol condensa el infinito.

(Afirmar que la palabra ve donde nadie la oye.

Los sonidos silenciosamente la iluminan.

Por tus ojos, Yael.

Por nuestro camino.)

8

No quieres morir y morirás un día.
 No quieres mentir y mientes.
 El hombre, desde que nace, es llevado por un deseo contrariado que lo convierte en rebelde.
 La eternidad se le escapa.

La vida robada es vida acosada de fortuna, falta divina.

El niño la toma con los juguetes y el hombre con el hombre.

La hora —sombra y llama— ejerce su poder de vida y muerte sobre el universo y sobre el hombre; pero sus días están contados.

Yael es paso y es uso de Dios, es el cuerpo del que Él se ha apartado a un retiro definitivo y que se Le pudrirá desde el instante implacable.
 Ah, ser el instante.
 Sacar la piel a todas las palabras.
 Apresurar el engarce interno con el vacío.
 Flamear el gallardete.

El árbol es morada de ave y dolor de tierra que conmueven al espacio.

De ahí que las hojas tengan estremecimientos de alas y que su llanto sea de rocío.

Extranjeros el uno para el otro, nos respondemos solos.

(El que el frío del fuego concluya la anilla, ¿no equivale a confesar la imposibilidad de una soldadura en el lugar de la muerte?)

Cegador intervalo en el que el sueño expía.
 A distancia igual de la muerte y de la vida.
 Permanecemos separados,
 ante la eternidad.

Donde la escasa salud del folio deja al vocablo plenamente libre de morir en su momento, aprendemos, Yael, que la blanca es la ingenua necesidad de perder.

(Padeces la irrestañable enfermedad del libro; ah, hermano, quede grabado, en la nada, nuestro camino.)

9

Desprenderme de los muros, liberarme del torno. Dejar que florezca mi sangre.

Componer un himno a los jardines, a las aves.

Ah, sueños y perfumes caros al alma, vivir de las alas y de los pétalos de la mentira; abejas atareadas, rosas ya desnudas.

Apurar mis flaquezas y mis límites.

La verdad es una daga, a las puertas de las noches prohibidas.

Ojalá sobreviviese en lo que germina y en lo que se deleita con lo mejor de la planta.

(No puedes detenerte en el camino, hombre de escritura; te lo impiden los vocablos, y el libro —ah trincaduras, ah cabos de la verga de abanico— el alma te amarra sólidamente.)

¿Acabará por ceder, Yael, tu paso a mi paso?

(A esos espacios umbrosos pones por dobladillo tiempo, donde el infinito traza.)

¿Nos conduce la renuncia a la verdad? He tratado de ser veraz. A nada he renunciado, Yael, a nada; antes bien, he querido poseerlo todo para destruirlo todo —pero, ¿se puede?

He bogado contigo por el desconfiado mar. He seguido escribiendo, recurriendo a la palabra que ha adoptado tu nombre.

Sólo tu vida y tu voz podían traducir y expresar mis dudas, mis angustias, mi cobardía, mis decepciones.

Tu realidad fue, en el libro, la mía. Yo fui *el otro* para ti, contra mí. Fui tu canto y tu eco. ¿Me alcanzaría el arma que no podía alcanzarte? Vida de muerto he vivido.

Tras la hora, tras nuestra hora, Yael, está la eternidad.

¿Es el libro el lugar al que, en el tiempo, se retira la hora? En tal caso, es ese rectángulo reservado, en los jardines persas, a la meditación, al que el mundo, desde los cuatro horizontes, baja a confrontar su destino de cuerpo celestial con el, más oscuro, del hombre.

(Quienes hablan de literatura decadente o de literatura comprometida siempre me han hecho sonreír.)

El libro se hurta ante cualquier etiqueta. No pertenece a clan alguno. No es patrimonio de ninguna clase. No sigue nunca una senda fija.

Es el lugar solitario en que el escritor experimenta su soledad.

Escribir el libro es una empresa ajena al ideal del que uno blasona o a la idea que uno tiene del hombre y del universo.

El infinito —que es el espacio del libro— no puede servir de telón de foro a la comunicación; ni la eternidad —que es su callejón sin salida— a nuestros intercambios de pareceres.

Los días del libro discurren a contratiempo, en los márgenes de un folio acorde con el sueño y con la ambición de la palabra.

¡Ah! ser color para quien pinta; nota musical para quien compone; vocablo para quien escribe, igual que al escrutar, al alba el horizonte, somos, sin saberlo, el resplandor inicial de la muerte.)

Todas las razones para vivir se hallan en el libro, pero el libro de una vida es filo aguzado de razón.

El vocablo arde por su tinta, Yael, igual que brilla al sol, por tu desdicha, el azogue quebrado.

(Dalla, antepasada de la hoz. Es menester compartir el pan.)

El tiempo de antes del relato

Azogues pulverizados. El paraíso terrenal dormía en los espejos.

...aquel tiempo de antes del tiempo; aquel tiempo singular del dormir de Dios.

Dios tuvo la habilidad de olvidarse, en cada etapa, de Dios.

Un ojo. El hombre disputa a Dios, un ojo.

...y el relato se encontrará donde se le espera.

Mis personajes fuera del libro y en él

El tiempo comienza con el libro.

*(Hallarse uno sobre su almiar.
Hallarse bien en el libro.*

*Cuando Dios dice: «Yo soy El que es», ¿no debemos oír:
«Yo soy El que fue»?*

La muerte tiene las alas replegadas de la palabra.

*—El libro es siempre el más allá de la palabra, el lugar
en que ésta muere.*

*—¿Cuál es esta palabra, Yael, que sin vida nos quita
la vida?*

—Palabra del último cielo. En el libro ha anidado.

Tú escribes. El reverso del folio sigue en blanco.

*No somos libres. Estamos en carne viva aherrojados a los
signos del libro.*

*¿Acaso reside nuestra libertad en el vano intento del
vocablo de disociarse del vocablo?)*

Y vino el tiempo en que la estrella hirió mortalmente a Dios
en la estrella.

Y vino el tiempo en que el sol hirió mortalmente a Dios en el sol.

Y vino el tiempo en que el mundo hirió mortalmente a Dios en el mundo.

Y vino el tiempo en que el hombre hirió mortalmente a Dios en el hombre.

Tiempo que narran

Lilit y Eva

en el sueño y durante instructivos instantes,

en que el agua y el fuego ya no son sino el deseo

de decir lo que hay

por la voz usurpada del azul celeste

y de la albufera.

*(Sales en busca de la verdad y la verdad va en pos de ti.
Tratas de abrirte camino en la jungla. Hostil formación
vegetal, la mentira, con sus plantas agresivas, te protegía al
tiempo que te desollaba.*

Al descubierto, estás a merced de la fiera.

Riesgo de escribir.

También la muerte tiene selvas vírgenes.

¿Tenías, quizá, Yael, tu propia historia que confiarnos?)

Yael. Su pelo oscuro. Sus ojos de endebles varetas untadas de cola. Sus palabras secretas, refriega de insectos lucífugos. Su voz llegada al alba.

El cuerpo de Yael, en la red de la aurora. Su cuello nacarado, presencia irreprochable. Sus hombros, suaves guijarros sumergidos. Sus senos enarcados en el meollo del agua. Sus manos, todas unas manos. Su vientre de alga gigantesca y rosada. Las caderas escurridas. Sus largas piernas de corriente caprichosa. Sus pies ennoblecidos.

Y las noches y los días que son realidad y anterioridad voraces de la mirada.

Es a través de la sombra y de la luz como podemos abordar a Yael

y recibir su palabra; pues Yael es palabra de universo: signos, colores, sonidos terrestres y celestiales, ventura del grano de sal y silencio en espiral de la torre.

(El sueño es lectura interior de océano.

Ah, Yael, ¿cómo puedes ser igualmente gozo del mundo en la plenitud y grito de abismo en el menguante?)

Había decidido suprimir a Yael. Entré en su cuarto. Me senté en la cama en que acababa de tenderse. Me incliné sobre ella y tomé su cabeza en mis manos. Asustada, me miraba como se contempla la propagación del incendio. Mis manos le apretaban el cuello. Dios, que se había estremecido en ella, se asfixiaba, ahora, con ella. Aparté los dedos...

Luego todo fue confuso.

Exigirse uno poco es exigir poco al libro. El libro es, donde nuestras razones se vienen abajo, amplitud y rigor de oráculo. Es, en su ilusoria inclusión, acuerdo incoercible.

Hay un espacio infranqueable entre el escritor y el libro que el lector debe colmar; por eso es tan doloroso el acto de escribir. No salva al hombre, le remite a la nada.

Sólo el hombre puede hacer algo por el hombre.

En el libro, la amistad se basa en lo que ya no existe, en lo que fue, una vez pronunciado; amistad de una palabra solitaria por una palabra solitaria.

Siempre recordaré un bajorrelieve del templo de Abydos en el que se veía al dios Horus y al dios-sol Ra, unidos en un mismo cuerpo bajo el nombre de Reharajti, Horus del Horizonte, que daba a respirar a Ramsés II, faraón tenido por una encarnación del dios Horus, el «anj», símbolo de vida. A ese signo que representa, en el antiguo Egipto, la vida eterna, soñaba yo con intro-

ducirlo mediante la pluma en el vocablo, de forma que se cargase de él, se enriqueciese de él, la sangre de cada letra.

Germinó así en mí la idea de que la vida era un don del más allá, un regalo de la muerte a la criatura cuyo reino relatan la imagen y el libro.

La vida es el tiempo que necesita el vocablo para penetrar en el libro, el tiempo de que dispone el hombre para agotar la palabra y ceñir el silencio.

Verdad de la pareja, los espasmos del amor son peldaños de nada. El hombre a la escucha es el más alejado de la tierra, amante de las cimas calladas para siempre jamás.

2

(Retener, de todos los gestos, el Gesto.

Hacer que mane la sangre de la noche es abrir el camino del sol. El mediodía lo quema todo, pero al crepúsculo la sombra expone sus llagas y acusa.

Hèridas a ras de sufragios de suelo, campos segados de trigo. El pan tiene el sabor de la sangre gris de la tierra que nos nutre.

Mujer, fuera de tu blusa tu seno ofrecido es la bandeja de fiebre en la que sangra, tibia aún, la cabeza degollada del héroe que te conquistó.)

Yael, de pelo azul. Tras un vidrio, detrás de una nube, detrás del agua. Su rostro en segundo plano, impreciso; pero sus grandes ojos negros fuera de la nube, fuera del vidrio, fuera del agua. El cuerpo dibujado —cada página, como una plataforma de

brumas, ah vocablos grises aún, aún no negros; cada página, como un amanecer destellante; borradas todas las formas por la blancura de la página, casi blanco el cuerpo, esbozado apenas por los pliegues del agua en la superficie, por los reflejos del cristal, por la imaginación de la nube.

Yael se encuentra en el libro y, ya, en el invierno del libro. La palabra es la del alejamiento, en torno a la muerte.

Al sol caído responde la noche con una salva de miriadas de astros reconocidos.

¡Ah! Que sea el canto el de la infancia en que brillan nuestros afanes, como espadas cruzadas en el techo de un cuarto exiguo.

(Vuelvo a hallar el libro. Así es de cruel, en su desposesión, el arrinconamiento paulatino hasta la muerte.)

Miente el lisiado con las piernas que le faltan; miente el manco con el brazo que ya no tiene; miente el sordomudo con la boca de sonidos ininteligibles; miente el ciego con los ojos a temolque de la mirada apagada en las gargantas de más allá de la espera, de más allá del silencio.

El hálito es mentira.

El viento, violencia del hálito, ¿es verdad? Sería, pues, el incendio la verdad de la llama, y el océano la de la gota de agua. Ah, fuentes que quedaron atrás.

Lo que no se puede domoñar sería, en su arrojio, verdad.

Miente el lisiado con las piernas que inventa, miente el manco con el brazo que adapta mentalmente a su hombro, miente el sordomudo con la boca en la que se entrechocan vocales y consonantes, miente el ciego con los ojos de antaño, de otra frente, de otro lugar.

Había decidido eliminarme a mí mismo. Yo era *el otro* —otro tras el cual anduve largo tiempo, al que Yael había dado un rostro—, y me dejaba por él —¿por mí?— estrangular.

Muerto, la noche me aspiraba...
Luego todo fue confuso.

¿Cómo habíamos llegado a eso?

*(No tenemos nombre.
Sólo Yael es nombrada.)*

*(Ilimitado, el tiempo es dolor del tiempo.
Alcanzaré a los hombres al cabo del tiempo.)*

Las luces del mar

Si quemas el libro, se abre en la llama, a la ausencia; si lo ahogas, se despliega con la ola; si lo entierras, apaga la sed del desierto; pues toda palabra es agua pura de la salvación.

De un árbol en llamas la tierra hace la pareja de un cielo de frutas.

Se trata de no ser ya, en el meollo de lo que es, para traspasar el umbral de la verdad.

El hombre y la naturaleza intercambian la sombra y la vida.

El universo de las sombras es el universo del ojo arrastrado por el torrente. Un astro apagado es la conciencia de la noche.

Ausente, la criatura percibe entonces el infinito.

Las niñas de los ojos, a escala de la creación, son senos gigantescos.

El mundo es un niño para la mirada que le da de mamar.

En ningún momento el edificio fue el obstáculo.
La piedra es de pasión;
el pórtico, de razón.

Evitar confundir rostro y cara. El rostro es el augurio; la cara, el atributo.

Esterna, golondrina de mar. El océano tiene su primavera.

El libro, debemos reconocerlo, se halla más cerca del espicilegio que de la epopeya.

La luz en el mar se amolda a la furia y a la alacridad de la ola. Sartal los sueños que tiene y de sal sus lágrimas. Esa central claridad que envuelve al universo hasta el punto de ocultarlo al hombre, durante el día, ¿no se encuentra más allá de la página por la que andan, en su indigencia de mundos que han errado el camino, nuestros pensamientos frustrados?

No pensar más no significa dejar de pensar. El pensamiento es conciencia e inconsciente de universo. Dejar de tocar un instrumento no significa, para un artista, no oír ya más las sonoridades de la obra que acaba de interpretar. El cerebro ocupa el lugar del oído. La memoria vuelve a vivir con cada nota recobrada.

¿Acaso he existido en mi memoria y de dónde el que recuerde con tanta precisión una porción de vida vagabunda que apenas puedo creer que haya sido vivida por mí? Vida del *otro* y con todo mía tras los pasos de Yael cuyo rostro fue tan cambiante que cada instante lo reivindicaba. De ese modo, los recuerdos nos devuelven los vocablos y nosotros interrogamos a los signos sobre los cuales nos hacen meditar, una vez reunidos. En presencia de los hechos consumados, llevamos la pregunta por nosotros mismos, a través de la escritura, a los confines más ajados del ser que se nos oscurece. Y así morimos de una muerte de dos en la que se forja el libro.

En el libro, el orden es milenario, en tanto que el desorden es el rechazo sistemático de una conclusión concertada de la obra que, en su nada, acentúa cada página.

Hacer el libro o, más bien, ayudarle a llegar a ser, es ante todo confundir las pistas utópicas, hacer desaparecer la huella, caliente aún, del talón. Acudamos, pues, al vocablo y rehagamos con él un camino mudo, olvidado; un camino recorrido para él, sin él.

El libro manda y nosotros guiamos al libro. Una vida de escritor es un perseverante caminar bajo las estrellas. Un cielo constelado responde de su obra. Astros negros —que recuerdan la noche— ¿para qué feralias alineados? En el folio no brillan ya para la vista, sino para la mente.

«Mi ojo será mi pensamiento, y mi mano el camino», gustaba de decir el extranjero cuya voz tiene las inflexiones de la mía, en la creación.

Camino improvisados de la mirada, la sombra es el luto por el objeto. Traducida, en su preeminencia, la apariencia rechaza la apariencia.

Dios, en nombre de la criatura, recibe al mundo con un resplandor premonitorio que, como un punto dorado en el espacio, revela intermitentemente —ah, conmovedora soledad— el imperceptible trazo punteado de la muerte.

El miedo del tiempo

Esta angustia de escribir que se debe al tiempo de escribir.

(Nacer es buscarse un nombre; hallarlo, ya es morir.

Dios murió por haber creído en Su mirada.

Una vida de hombre es el paso oscuro de la muerte a la muerte.

El hombre habla y ve en el otro.

Ah, tiempo de instinto.

Claro instante.

Ah, tiempo del otro.)

Una vez formulada, la palabra se resquebraja y advertimos que encerraba un silencio de fin del mundo al que nos precipita, siendo así que esperábamos ir hasta el final del vocablo, al igual que de nosotros mismos y del universo, y decir, con el alma cuajada del deseo de nacer y amar y la ola sedienta de azul celeste, la sal y el sueño derrotados.

Adentrarse en uno mismo es hallar el vacío. Penetrar en la palabra es hallar la ausencia. Puertas opalescentes de las que sólo debemos considerar el paso, de cielo a cielo.

¿Encuentra el hombre al hombre en el silencio? Poco a poco, el camino renuncia al camino y el mundo se descubre donde no se encuentra.

La gravedad de un destino de hombre reside en la gratuidad original del acto, sombra pasajera sobre una superficie bañada de luz; pero el día posee sus horas y su ritmo. Gratuidad de todo encuentro y, con relación a una existencia contada, gratuidad del acontecimiento que la desgarrar o la transporta.

La aurora es más que una esperanza, es una electa en su fervor primero. Tenso hacia lo que acaecerá, cortados sus lazos, el hombre al fin disponible se sacia de eternidad. Su gravedad reside en su disponibilidad, y su grandeza en la vacancia de un instante que se confundirá con su vida. No esperar nada y, a diario, morir de una espera infinita.

Un hombre serio no es obligadamente un hombre grave. En plena euforia hay una gravedad en flor.

En su voluntad de saber, el hombre condena la inocencia y, con ella, toda referencia a la gravedad; pero la parte esencial del conocimiento es la que nos separa del árbol de ciencia y abre posibilidades de albur ilimitadas.

La fortuna del hombre es su facultad de asombro; se la da la muerte que anula y revela.

La sorpresa —dejarse sorprender, volverse pasivos, alcanzar insensiblemente el estado de receptividad total— es savia y pacto de creación. No se alza nada sobre lo ya visto, sobre lo ya pensado; se ve y se piensa, en cambio, a medida que se ahonda, que se edifica, que se remata; pues el remate sigue siendo el inicio.

La muerte es el acto gratuito por excelencia. Crear es imitar la muerte que es la audacia y la imaginación de Dios. La muerte está en todo lo que, mañana, será; de tal suerte que es a través de ella como el hombre prosigue su busca de absoluto.

Las letras del alfabeto son contemporáneas de la muerte. Son las etapas de la muerte transformadas sucesivamente en signos. Muerte de una muerte eterna; pero hay otros signos que la letra codicia, signos borrados que el gesto reproduce en el seno de lo que se nombra. Así, el ave adopta en su impulso todas las figu-

ras del vuelo. ¿Y no es acaso también el ave la que traza y repite abriendo brechas en el cielo el universal *deleatur* que rige nuestros destinos? ¡Ah! el mundo escrito muere y renace a causa del ave.

La gravedad, así pues, es, fuera del tiempo, la conciencia del tiempo de la muerte, que no es el tiempo destruido ni los rodeos de un desafío sin fecha, sino el retorno al mundo de los márgenes y de los milagros de donde es expulsado perpetuamente el hombre, como de una matriz de amor, tras haber sido amasado, feble feto, en su carne tenebrosa.

El nacimiento de un astro es semejante al de un niño. El espacio se contrae y expulsa innumerables universos cerrados a su muerte deslumbrante. ¿Quiere esto decir que a un ser humano corresponde la totalidad de un cielo de estrellas? La eternidad se basa en un estallido inicial del universo. A un cielo estrellado corresponden generaciones, indefinidamente reproducidas, de humanos. Con el último astro habrá de extinguirse, quizá, el último hombre.

Tomar conciencia de la muerte es negar una jerarquía de valores que no tuviese en cuenta los rellanos de sombra en los que el hombre se inicia a los misterios de las noches. La muerte es a la vez pérdida y promesa de una esperanza que el día se extenua por conciliar en el instante. Ser, no ser en una absurda agonía de resplandores clandestinos hasta el alba.

Toda agonía es la dolorosa gestación de un mundo que elaboran la fiebre y el deslinde del alma. Lo ponen de manifiesto estertores y suspiros.

¿En qué habrá de consistir nuestro futuro? La vida no se considera inútil y vana. Por ella, irá la muerte a la muerte.

El ser, en su determinación de vivir, armoniza sus días con la muerte del cielo. Con ello, el universo y el hombre coinciden en su despliegue; pero ni el cielo ni el hombre pueden precisar el instante —o los instantes— de su final, el segundo fatal en que dejarán por siempre jamás de morir. Serán aniquilados en el

momento en que menos lo esperen; de manera que tomar conciencia de la muerte no es salirle directamente al paso, sino, antes bien, hundirse en la vida para asumir sus ocres rebrotos;

pues el universo es ante todo una gama de colores. Y uno se aja tras otro como, en el eco, el grito, el desmedrar, acaba en el inmenso depósito de silencio del mundo al que van a beber los astros clavados a sus rayos.

2

(Vivir, escribir es permitir moverse a la muerte, como la pluma en la mano, como en el tallo la savia.

...entonces fue cuando imaginé una obra que se prolongara por la noche, en la que todo estuviese muerto antes de nacer, en la que el relato fuese como el fruto del árbol de muerte.)

Matar a Dios en un soberano combate es una de las imposibilidades a las que el hombre sucumbe.

Dios es *antes y después* de Dios. Dios murió al crear, al crearSe; es decir, al multiplicar Su muerte.

La Creación consagra a Dios y al hombre, y por lo tanto su nada. Ser el océano en que se desenvuelva el pulpo; ser el cielo en que se produzca el milagro de la estrella. La nada es elemento propicio a la existencia y a la muerte.

En el homicidio, ¿cuál de mis mitades acabará con la otra?

De ese modo, yo muero por todos los vocablos, en cada palabra.

Absurdo del gesto que ya ha sucedido en vano y, con todo, gesto necesario para quien se ha comprometido a perecer de su propio final.

En el libro, las palabras caen como pájaros fulminados por haber creído extraer, al infinito, un jirón de cielo.

La eternidad se ha apoderado de su aliento y las ha endurecido para engullirlas mejor.

De ese modo, el cuerpo, mientras dura, nos ayuda a hundirnos más deprisa.

Ahora —y lo he descubierto poco a poco, como una verdad de la que depende la realidad del libro—, creo que la narración, tal como se entiende habitualmente, no es cosa que ataña al libro, quiero decir que le es ajena.

El escritor que se impone como novelista o autor de cuentos no sirve al libro, pues no se preocupa de él en ningún momento, e incluso le parece una nadería sin la menor importancia.

En la novela el escritor triunfa sobre el libro —no al revés—. Pues, con sus personajes, el escritor penetra en ella con violencia y, por intermedio de aquéllos, da rienda suelta a las innumerables voces que hay en ella. Los personajes pisotean constantemente al libro y su voz ahoga la de éste.

A oídos del nómada, echado en la arena, el desierto, anulando las distancias, revela cualquier presencia humana o animal. De la misma manera, en el libro, mediante el sentido del oído, el mundo surge a la vista; paso a paso y como si se desgajara del silencio.

No se puede ir a la verdad que es confesión de vacío ganando guerras. Sólo podemos ir a ella perdiéndolas. De ahí el que todos los grandes libros nos dejen desvalidos; desdichados y desvalidos.

El día en que escriba una novela, habré dejado al libro, lo habré perdido; pero no por ello careceré de pudor. No me vanagloriaré de mis victorias. No mostraré en público cómo trabajan mis músculos. Pediré a mi voz que siga siendo humilde, para que, separándose de sus ramas, vuelva a hallar un día, donde las raíces, la de la tierra dolorida y el folio.

Muerte común, procura de una armonía. Escribir el libro es asociar su voz a la virtud de los márgenes, es escuchar cómo nadan los signos en la tinta —parejos a veintiséis peces ciegos— antes de nacer a la mirada, esto es, de morir hincándose en su

último grito de amor; entonces, en lo esencial, habré dicho lo que tenía que decir, lo que cada página ya sabía; por eso la forma aforística es la expresión profunda del libro, pues deja que los márgenes respiren, pues lleva en sí la respiración del libro y expresa el universo de una sola vez.

Esa concordancia con los vocablos, esa concordancia previa con el libro siguen constituyendo mi inquietud y mi afán.

Acá, en las alamedas umbrías de la infancia de una obra que ya me rechaza, ¿cómo dejar de pagar por el fracaso de una obra imposible, aunque hecha en el cogollo de una palabra que dentro de poco ya no podré, al final de ella misma y de mí mismo, quebrar ni seguir?

El hombre alzado contra Dios no es ni víctima ni verdugo. Combate con la muerte, en las regiones en que son sinónimos vivir y morir.

La palabra del libro es la de las fronteras blancas que el universo, en su dominio de los derrumbaderos, asume.

El sabio —un adepto del hasidismo desautorizado por los miembros de su comunidad—, el cual me condujo con sus enseñanzas —la interpretación es mía— a dudar del verbo porque, en su servidumbre, las sílabas son sólo una parte de la verdad que en vano trataría de ser veraz, exaltaba, por otra parte, como virtud, el canto de esperanza que se alza del silencio de la palabra; pero ¿a qué se debe el que esos cantos de júbilo tengan un fondo de gran tristeza que los aproxima al sollozo? A que son el canto de los vocablos muertos, de los vocablos eternos que los humanos no oyen.

El fondo del silencio es un poquito de aire frío que el viento no agita nunca; pero el vacío hace girar al mundo.

Yael, *el otro* y yo, un mismo final...

Está aún por saber si es posible hacer el libro.

Carta a Gabriel,
fragmentos.

Habían escogido, para reunirse, mi cabeza. Más que nada, se veían, barrotes ebúrneos, sus dientes, tras los cuales la palabra parecía presa por toda la eternidad. Decían más o menos esto:

«También tú quieres matar a Dios.
También tú has soñado con matar a Dios.
También tú has creído matar a Dios.
También tú,
igual que nosotros.
Y dentro de poco cantarás victoria
como lo hemos hecho nosotros.
Y dentro de poco te creerás libre
como hemos llegado a pensar nosotros que lo éramos.
Segarás los trigos de luz.
Derribarás las enormes tiendas en pie de la noche.
Romperás los faroles-tempestad
y te harás elegir Príncipe del mundo
por un pueblo de fantasmas.
Reinarás sobre un mundo desierto,
ah, loco que te asemejas a nosotros.
Habrás perdido
al amigo y a la amada,
el gesto providencial
y la palabra cristalina
a la que pusiste un nombre en dos:
Ya-El,
llamada más desgarradora que el grito,
interpelación de Dios dirigida a Dios,
para perecer por sus sílabas ayuntadas,
para morir a tus manos de hombre
y por tu ridículo propósito.»

Entonces, aquel de ellos que llevaba muerto más de mil años, se apartó de los demás y dijo:

«Todos los caminos parten de ti y vuelven a su punto de partida.

Tú eres el día probable, la noche labrable de donde procedemos, a donde iremos.»

Entonces, aquel de ellos que llevaba muerto mil años se apartó de los demás y dijo:

«Desierto. Si, un día, descubres en él una hierba, será que la arena habrá sido traicionada por el agua o por el hombre.

Tú has sacrificado el árbol, ¿te das cuenta?

Ojalá que la arena sea tu salvación.»

Entonces, aquel de ellos que llevaba muerto más de un siglo, se apartó de los demás y dijo:

«Blanca paz del pozo.

El agua amansa a las palomas.

¡Ah!, piensa en que el monograma más ilustre no es, en otra parte, sino un minúsculo helecho.»

Entonces, aquel de ellos que llevaba muerto un siglo, se apartó de los demás y dijo:

«Padecimientos experimentados, lágrimas vertidas, alegrías de antaño. Cuando quise expresaros, no era sino un hombre que escuchaba el canto de sufrimiento y gozo de otro hombre.»

Entonces, aquel de ellos que llevaba muerto un año, se apartó de los demás, y dijo:

«Escrita fue mi vida con palabras blancas, con la punta de una lanza.»

—Pero le respondieron: «Parece algo absurdo. ¿Acaso no es ausencia la blancura?»

Entonces, aquel de ellos que acababa de morir, se apartó de los demás y dijo:

«La mentira es el tiempo del sueño de la muerte de Dios. Tu muerte en *el otro* fue mi muerte.»

(Risa de los muertos. La más cruel de soportar. Se crece desde la tierra y bebe nuestras lágrimas, ah, planta asquerosa de la infernal estación del año.)

«Apaguen, apaguen —aullé— soles, claridad bajo vidrio. Soplen todas las flamas.

La muerte se inclina sobre la muerte
y besa sus labios.»

4

(No sabes adónde te lleva la muerte. Estás en vida.

Más que el día —y por doce veces la hora velada—, es vieja la noche.

—Por doce siglos desdorados, por doce veces los siglos.

¡Ah!, el tiempo es separación y nosotros vivimos en el tiempo.

Pensé primero la muerte como una huérfana inconsolable; más tarde, como un ser amado; luego la mujer y la niña se pusieron a retroceder con el paisaje, con el mundo y sin que pudiese atraparlas. Me hallaba sujeto a una de las cimas

hipotéticas del sueño, en el vacío, aunque no había cejado de correr. Así sucede, sin duda, a la llama apagada de una vela, a la estrella empañada a la escucha de un resplandor perdido, en el desamparo del universo sumergido; de tal suerte que, ahora, para mí la muerte es la sombra inmensamente sola de lo que fue.

Las alegrías y las inquietudes del mar son las propias del agua; pero multiplicadas por cien.

Un día, supo que su color le venía del vacío. ¡Ah!, sus extravagantes saltos para alcanzar el cielo. Así se arroja el hombre a la nada; el hombre inodoro, el hombre incoloro para impregnarse del olor del tiempo, para adquirir el color de la eternidad.

Dios es mujer en la palabra y hombre en el gesto.

¿Ha inventado el hombre a Dios para dar un sentido elevado a sus creencias?

—pero Dios miente y ésa es Su semejanza con la criatura.

Y así dicen por el mundo que Dios modeló al hombre a Su imagen.)

Repetir ante la hoja blanca: «Van a ver lo que voy a poner en ella.» ¿Para quién? —Nadie escucha.

El libro es una educación. ¿Adónde me lleva éste? Le debo una forma de abordar la mentira a través de las solicitudes de la pareja por los meandros de la muerte.

Fuente y simiente son vicios de verdad.

En el horizonte se alza el mundo en su acusada claridad o en la nada nocturna.

La forma desaparece en su sombra, es decir, en su futuro.

La fidelidad es furor del futuro.

(Los caminos de la mirada son los caminos de nuestras cargas.

Toda separación de astros se encuentra en la escritura nocturna. Al alba, el vocablo es eslabón de otro albur.

Te conoces, hombre cuya cabeza es la muerte.)

Esta obra —que hubiera podido titularse más redondamente *Yael o la muerte de Dios*— consta de dos partes: *El tiempo de antes del relato* que es su porción de sombra, su parte profética y *El tiempo del relato* que es el diario de la muerte de un ser en la ambigüedad del *otro*; es decir, en la alternancia entre el Todo y la Nada que oculta la apariencia.

Denunciar la apariencia que es la trampa en que se sitúa Dios para morir es ir a la verdad del vacío, al cogollo de la ausencia;

pues Dios murió por la mirada. El ojo registra la mentira de la imagen. Espejo de un espejo, el universo vive de sus reflejos. El árbol, en su orgullosa defensa, es el tiempo florido del simulacro y el azogue refleja el sueño del jardín.

Yael encarna el principio de vida y es en ella donde el mundo se extingue con el hombre, donde está escrito el libro.

(Cuando la palabra ya sólo sea la del libro, estaremos muertos.

...pero ¿cómo es que se olvidan las palabras del libro?

¿Son acaso palabras vivas?

Si así fuese, no has grabado nada y tus vocablos son sombras proyectadas de vocablos.

Palabras de eternidad. Expulsada de ellas la vida. Llévate contigo la vida, hombre. El libro es una estela que nadie localiza.

Algún día, Yael, ¿hablaré en tu silencio?)

El largo diálogo de los siglos

—Todo límite está en la luz. ¿No es, pues, Dios la sombra primera?

¿Y primera luz en la elucidación de la sombra?

—Dios es el centro inclusivo.

El otro es el sentido arisco del sol.

—La luz tiene más de un gesto bondadoso con la mentira y la verdad está en la luz.

—La sombra es una pasión muerta, un desco destruido. La noche ama a la noche en su claridad enlutada.

—El silencio es la verdad. Hace ver, al no proponer nada más. Dios es silencio.

—Dios ya no ve. Amparándose detrás de lo que es visto.

—Dios no puede ser retenido, contenido, recordado. Es, así pues, la extremidad de una inconcebible vista.

—Y la suma oscuridad que nos devuelve a nosotros mismos en la ausencia.

—Lo invisible es, a la vez, la renuncia de la mentira y el deseo de una sola verdad.

—Muda melodía de las memorias desgastadas. El orín es vacaciones del fuego. La hora, desde los inicios, se fía del mar.

—La hora es, en su sombra, medida binaria. Vivimos conforme a dos tiempos. Presencia y ausencia son, por turno, su rostro.

—Y la cara no manda nunca sobre la cara. De tal manera que la verdad de la hora es vertiginosa falta de ser.

—...la aberrante abertura.

—De tal manera que, en su carne y en sus pensamientos, el hombre existe donde le abandona la eternidad.

—...donde Dios es la Verdad del hombre que Él le quita.

—...pues la muerte es la primera sangre de la vida.

—...pues la muerte es la segunda vida divina.

—De ese modo, el instante siguiente fue la respiración de la criatura, que ardía y se consumía en el hálito.

—Más allá del día prosigue la vida. Expulsado del jardín para recobrar el jardín —no es el mismo. Es el mismo en la apariencia—, el instante es, en cada pulsación del mundo, una palabra escondida.

Y así el árbol resplandece con mil vocablos semejantes.

—La verdad es a menudo el ritmo. El hombre y el universo comparten una existencia solidaria.

—La hora repudia a la hora. Y así se forma la eternidad.

—Y así los márgenes son el brocal del tiempo en que la muerte bebe.

—Y así, por el arroyo más flaco discurre el río. Y crece la hierba y se inclina con una misma agua con una demorada paciencia.

—Y así discurre el tiempo, fuera del tiempo.

—¿Pagamos el pecado de conocimiento con la extracción de los ojos? La apariencia nos condena a la apariencia.

—Imposible verdad. Verdad invencible. Lo posible lleva en sí, fuera de sus límites, la verdad.

—Ir a la verdad es ir al extremo. Y es superar cualquier frontera para reconsiderarla más allá. Y así la verdad sigue siendo lo alcanzado.

—Digna conquista del hombre es donde se refugia Dios, expulsado de la Creación.

—Dios no se encuentra en la mano tendida a la mano.

—Aprender es aceptar el objeto tal como se muestra; imponerlo, intercambiarlo en su forma convenida; apreciar ésta como si fuese la única, o hacer como si...

—Lo real no se encuentra en la mano. Los dedos, la palma, en contacto con el objeto, se aplican a crear la ilusión de una realidad que se deja sorprender en su inmóvil movimiento.

—Ingenio, en el deseo, de la forma y de la caricia.

—La mentira obedece al tacto. La sensación ha descalificado a Dios, uno de cuyos atributos es la insensibilidad; pero ha consagrado al hombre sin Dios.

—El cuerpo sigue siendo la encrucijada.

—«Corten las manos —aúlla, de años en años, el loco. Y así arderán los ojos.»

—Lo que ya no es aprehendido tiene todas las posibilidades de convertirse en real.

—Platicamos en espera del tiempo. Sólo podemos, ay, marcar el tiempo.

—Y así la palabra se endurece de duración.

—Y así apareció la yesca.

Cualquier cosa expresada es, primero, una rosa sonora. Y nunca cabrá el universo en una palabra.

—Y nunca es Uno Dios en la aproximación.

—Cada cual para sí y ambos confundidos en el cristal de un espejo idílico. Reflejados, pero no entregados.

—La identidad radica en la distancia. Lo que es contemplado se pone a contemplar.

—Todo fruto es un astro artificial. Tú pruebas el estiércol del abismo. Y alzan, ya, el vuelo las aves de miedo.

—¿Dónde estamos cuando nos callamos? La palabra es presencia de una presencia olvidada.

—...y primicias del pozo y periplo del reparto.

—Pero sucede que lo que se anuncia se esfuma de inmediato, como si el infinito fuese la fiesta suprema.

—...pero sucede que los azogues se coaligan para reflejar indefinidamente el último grito del hombre, la última llamada de socorro, y que el mundo, en la caída, aniquila al mundo.

—...pero sucede que el hombre instruye el proceso de la palabra sobre la cual se ha revolcado para el más hermoso canto de amor.

—...pero cuando la desesperación ha llenado su alma, sucede que el hombre se aleja de la palabra y se estremece.

—La distancia es verdad del decir.

—La tapia, encalada, se encuentra corroída por el azul celeste. Y así resurgen los glaciares en la blancura de la muerte.

Ah, capa de rigor de nieve, tranquila corteza a la que asombra la transparencia.

—Al resguardo de la luz, el hombre se enfrenta con su sombra.

—Celebraremos el jardín. Propagaremos los espejos. Glorificaremos a Dios.

—Dios se encuentra en el fondo del espejo y en el corazón del árbol.

—Y la palabra, suplicada y renegada, será para el hombre el hacha alzada sobre Dios.

—Y el hombre perecerá por el hacha.

Ah, tiempo del Testigo, rojo silencio de araña.

El espejo de los tres azogues

La máscara de Dios es noble.

No puede haber heridas causadas por la verdad.
Sólo la mentira nos hiere.

Lo que nos golpea es nuestra verdad, pero la
verdad la rechaza.

Entonces, el hombre se vuelve hacia Dios y blas-
fema. Y la blasfemia recae sobre él;
pues Dios es el alba de un ala extenuada.

Una máscara en una pared, ése podría ser nues-
tro rostro en la eternidad.

Es en un azogue en donde morirás.

Y decían de Él: «Es El que ve las cosas como
son» —al hombre desesperado por no verlas.

En el primer azogue, ella sonríe. Piensa en el tesoro enterrado
en su vientre, en la vida que perpetúa y cuya imagen le entenece.

Desde hace seis meses, aguarda en ese pueblo. Hasta ahora
nadie ha acudido a visitarla.

Desde su ventana, mira el paisaje de colinas en las que aún
duermen, en pie, unos árboles. El sol apenas se ha alzado.

En el segundo azogue, el grito que ha lanzado —¿o se trata
acaso del objeto que ella creía haber lanzado contra la puerta
para que la oyese su hospedera?— ha rajado el vidrio en dos.

Se afanan en torno a ella. Un doctor y dos campesinas.
«Hay que llevarla urgentemente a la clínica, ordena el médi-
co. A varias decenas de kilómetros.»

En el tercer azogue, el vacío engulle el dormitorio.

Muslos separados.

Los labios de la nada son una enorme vagina.

Húmeda ante la llamada del falo. Sangrienta en el rechazo
del mundo.

La vida, pues, habría jugado y habría perdido.

El hijo muerto es una caja cuya cerradura fue forzada.

¿Qué guardaba esa arca irrisoria?

Caminos, caminos, caminos.

Mil seres han perecido en cada recién nacido.

Hay un fruto podrido en la simiente sembrada.

2

Así pues, un mojón bien vistoso en el camino de la muerte.

El primero.

Irás de rostro en rostro, pero no darás nunca de mamar al hijo
del amor.

Madre mutilada.

El que hubiésemos querido acunar sigue siendo el más
amado.

La criatura expía.

En el primer azogue, oh mujer, se delectó la mentira.

En el segundo azogue, oh mujer, estalló la mentira.

En el tercer azogue, oh mujer, la verdad se interroga.

3

Ella tiene ojos de piedra en los que ha caído la lluvia.
Yo aún no existo.

Echada, de través sobre la alfombra,
retiene, congloba.

¿Y si el espacio sólo fuese el inmenso bostezo de la aurora?
Dios se aburre.

4

En el primer azogue, la infancia volvió a encontrar el jardín
devastado.

En el segundo azogue, la inocencia volvió a encontrar la raíz
en llamas.

En el tercer azogue, está oscuro, tan oscuro que tiemblas.

Irás, de imagen en imagen, para distracción de Dios.

5

El insecto experimenta el círculo de luz, y el ave la línea
elemental.

La sombra habla a la sombra:

—¿Escoger es determinar? En tal caso, la mentira es la noche
de la elección.

—Si la realidad reside en la elección, sólo el día es real.

—Captas. Palpas. Hurgas.
Das la luz.

—Aceite negro, ¿cuántas historias tiene la noche? ¿Mancha,
río, surá?

El alba habla al alba:

—¿Es todo pensamiento en su soporte una apuesta vegetal?

—El tiempo tiene al cuerpo por testigo.

—Margarita de los mares, el jardín es de agua florida.

—Morirás. El tiempo ya no se verá.

El hombre habla al hombre:

—Siempre quedaremos el libro y yo, el inevitable mano a
mano confidencial.

—El alma es aliento de muerte, cabeza etérea en su eter-
nidad.

Irás, de palabra en palabra, hasta el silencio de Dios.

6

Ella escribió:

«Desde mi ventana, miraba el paisaje de montañas en las que
unos árboles cargaban el cielo de estrellas.»

Ella escribió:

«Árbol, te veo.
A los ojos, mientes.
Te conozco indirectamente por tu apariencia.
No es tu existencia, sino tu impertinencia.
—¿Quién más impertinente que el mentiroso?
A la mente, mientes.
Pero la verdad está *antes* o *después* del pacto y de la vista,
o si no *entre*.
Árbol, te observo.
Me fijo en tus detalles más nimios.
Cada día me resultas más cercano
por todo lo que no eres y tu nombre designa.
Árbol, crezco contigo,
por el deseo de amarte
en la corteza y las hojas.»

El jardín ha plegado las alas sobre nosotros. Tibia oscuridad del nido. La rama se ha quebrado. El alba nos ha sorprendido, de improviso.

Irás, de óbolo en óbolo, hasta el final de los tiempos.

«Y seréis ciegos. Y agitaréis la cáscara. Y os odiaréis unos a otros por ella y os amaréis a ultranza. Y me complaceré en no veros más y en morir por mí mismo, en vuestras retinas.»

Así había, en época de ausencia, la Voz.

El jardín

Ver es no ver nada más que la Nada.
El saber de Dios radica en el árbol.
Así pues, la Nada rige al Todo. Dios es la Nada.
La Nada es el anillo.
Te guiaré por la muerte y olvidaremos la edad de los jardines.

Sabiduría de los símbolos. El libro que hace ver es libro de elevada sabiduría.

Harás, con mi cuerpo, tu máspreciado jardín.

Toda simiente, en sus horas suntuosas, tiene, por grada, la espiguilla de un señuelo.

La atención prestada al paraíso terrenal lleva a una reflexión sobre el jardín.

El hombre y la mujer tuvieron, como antepaisaje, un parque cultivado por el Señor.

El árbol, en su existencia, habría antecedido a la criatura si no fuese porque ésta, en la ausencia contaba ya con un cuerpo.

Con un refinamiento ejemplar de línea, cada pulgada sembrada de tierra perpetúa, a través de los apartes de la forma que son sus avenidas de símbolos, un instante del ser humano; —como si el cuerpo fuese la eternidad.

En adelante, la pareja someterá al mundo, en su intuitivo ascenso a los orígenes. Verá y perseverará para el universo.

Entre las plantas, la mentira se encuentra a gusto. Hojas y flores se asemejan gracias a ella, pues la mentira reproduce el mismo rostro.

El hombre refleja el jardín.

2

La verdad es, en Dios, la levadura de odió; pues el ser de verdad es Su igual.

Al paraíso perdido sucedieron los desiertos donde la verdad que es la virtud de las arenas refuta, de Dios, los atributos.

La muerte abre el libro que el hombre opone a la muerte. Dios se alza contra Dios.

3

Hay que dar a la muerte tiempo para que aprenda a morir.

4

El ensueño del paseante envuelve al jardín en un melancolía de seda que, tanto como el sol, el frío arruga.

Los días nublados, inclinado bajo su paraguas, el paseante sólo tiene ojos para el suelo.

Las flores son copas de colores vivos. En primavera y en verano deben a su licor su aroma. En otoño e invierno, el agua y la nieve las quiebran y las abuchean.

El niño no escucha a los árboles. Se hace oír por ellos. Los mezcla a sus juegos.

Inocencia de la celada. La rebeldía y la resignación llevan un mismo uniforme de gala. El desfile no ofrece ninguna sorpresa.

El arco iris se deshilacha entre sordas reminiscencias de esfumino.

Pintar es una promesa compartida. El cuerpo es una paleta ágil, con piernas —intercambiables pinceles— con las que recorrer el mundo. Hasta la noche cuyos párpados el sueño separa. Ah, sueño de los sueños.

El ensueño del paseante se vuelve parda saliva encima de las ramas y rocío en la hoja.

El azul del cielo es el azul del espacio que llevan en sí las raíces. Verdea en el tronco y en el tallo. Y así el fruto se henché de infinito.

Allá en lo alto, la cosecha depende de la sombra. El trigo candeal tiene la febrilidad de una llama. Espigado, cribado.

El grano centellea.

¡Qué cautivadoras son las estrellas! Ya huelen al pan de aurora.

5

El parque posee sus surtidores de los que se aparta la sed.

El niño tiene su jardín preferido. Otro tanto, el paseante que acude a informarse de los avances del vértigo en el alma de los vegetales.

¿Son acaso las confidencias de las plantas las que nos las entregan? Si así fuese, todo sería palabra, y el paisaje esas formas sugeridas por el oído.

6

El cuerpo de la amada es una asamblea de muchachas.

La boca, los dedos acuden a recoger sus dichos.

Las muchachas ocupan, esta mañana, varios bancos.
El jardín es en verdad el universo del cuerpo.

Las muchachas cuchichean, cantan, ríen.
¿La que está triste es una lágrima?

La más misteriosa es la más voluptuosa.
¡Qué pequeñas son para caber, todas, en una!

El cuerpo, al cabo, vencerá a la vida.
No el pensamiento ni el acto imperioso ni la obra.

El cuerpo radiante, país de los ciegos.
¿Qué es el cuerpo? ¿Nos lo preguntamos?
Se abandona al ojo de fuera venido, a la mano cómplice,
como el mundo.

Secreto bien guardado. El mundo no fue nunca más que una
boya de cuerpo muerto de noche.

7

Salvado por lo desconocido, el hombre se asume en lo impre-
visible. No le queda otro recurso que la ignorancia del faro
presuntuoso. Ver, en el haz puntual de luz.

Hermoso verano de muerte.
Ah, sol de los despojos.

8

¿Ese rostro del hambre indefinible a la que nos veremos
abocados a parecernos es el alma?

Trágica duplicidad de nuestros rasgos.
Dios huye.

Nuestras manos solícitas en vano intentan retenerlo y for-
man, mientras se unen, el óvalo borroso de Su rostro.

9

Mentira, ¿salida en falso de la verdad?
Verdad, así pues, desdichada;
o bien buen comienzo, pero en el fragor de la acción, en plena
carrera, desinterés súbito por la meta o mejor sustitución paula-
tina de la meta hasta su denuncia formal;
¿pero para quién?

Mentira, baza de ganancia; espacio en el que estalla la ver-
dad en miriadas de contraverdades a las que el hombre confiere
una vida efímera de luz.

La criatura está colmada.

Sin sueños ya, la verdad se suprime. La mentira se encuentra
en su apogeo.

Hermosa estación del suicidio.
No podemos apostar por nada.
Sólo sobrevivimos a las cenizas.

10

Mil pulpos de barro devoran el universo.
La herida del árbol es la del océano.

¿Fue mi verdad el ancla de mi vida?
Me encuentro donde me quedé dormido.
Yael, el despertar lleva tu nombre. Y tu cuerpo es un demo-
niaco estremecimiento de fugas amorosas.

11

El paseante se resuelve en los viajes. Los años son sirgas que la corriente arrastra. El sol deja, de repente, de ser sólido donde se inclina la rosa a mirarse. Tan poca agua. La sed realiza el prodigio de extender las prerrogativas del sueño del universo.

Beber. El aire, la sombra, el día serán bebidos.

12

Una existencia privada de milagro está condenada a la monotonía de las aguas estancadas. Para mantenerse alerta, las acrobacias del caballito del diablo.

En un plano distinto —pero similar en su pobreza—, el polvo conoce, al nacer, la vejez de una vida abrumada.

Rechazado, no es más que itinerario irritado. El exilio es su sosiego.

13

El jardín, que el sol desnuda, tiene reacciones de pudor que huele muy bien.

La hoja se protege de la rama, y la flor del tallo que le invita a exhibirse. Travesura de los pájaros, un lienzo de invisible vestidura en el pico.

La estrella que localizaremos quizá sea un grito pálido de amor.

14

En el jardín, no tengo mi árbol. No tengo ni banco ni flor familiar;

ni compañera ni camarada.
No tengo nada.
Red complicada del apeadero.
Jamás dejamos la tierra.
Aguardo al olvido en mí mismo;
el olvido, de alas recortadas.

15

En el jardín, el paseante se cruzó con Yael. Dios en su evidencia de mujer. Satanás con la límpida mirada de Dios.

Los árboles le habían atraído. La hierba suspiró bajo sus pasos.

¿Sombra de la ramita? La sombra es un puñal oscuro. Y así, el asesino arroja su arma, una vez perpetrado el crimen.

En todas partes.

¿Pero de qué crimen se trata?

¿Podré más que la boca carente de escrúpulos, que las niñas de los ojos berberiscas, que los senos, que las manos amotinadas?

La verdad es el orden de lo que muere.

La muerte de Dios

El árbol de ciencia daba frutos agusanados. ¿Estaba Dios al corriente?

Adán mordió la manzana que tenía el sabor ácido del desafío.

Viviría, en lo sucesivo, y moriría por el combate con Dios, por una lucha sin remisión consigo mismo.

—Execras a Aquel que, por ti, hizo el mundo mortal y que, para ayudarte a vivir, te esconde a ti mismo.

El universo pertenece a quien le sobrevive.

La mentira, a tal grado, es soberano favor.

Rechazas lo que te consuela; ah, loco, padecerás más que Dios si existe; pues la verdad es cresta ilusoria en donde asoman nuestras cimas.

—Mataré a Dios por su medrosa bondad.

Vértigo de la verdad. Fatal llamada del vacío.
Caridad divina. Deslumbradora ceguera.

Un día, en el amor del mundo, la ignorancia tuvo derecho a explayarse.

—Matar a Dios. Amo de los espejos. Padre de los jardines.

—Impulsado por no sé qué fuerza insensata, insospechada.
Con mis manos.

Por mi salvación y por el mundo. Matar a Dios.

—Por ti sería vengado el mundo.

—Llega al fin el momento en que el ser de ruptura ya no puede resistirse más al deseo de aserrar, en sus extremos, las palabras de falsedad que han intoxicado su vida. Pues son el escalerón que lleva al infierno.

—Noche a la que han echado grano. Noche del homicidio.
No aplazaré el término.

—Matar a Dios en Su luz original, estrella.

—Matar a Dios en Su fuerza desvergonzada, sol.

—Matar a Dios en Su reflejo capital, luna.

—Las aves de cría resultan devoradas en su envidia.

—Matar a Dios en la boca del hombre derribado, en el vientre de la mujer adúltera.

—Harás pedazos a Dios en los ojos crédulos del niño.

—En la piedra y en la manzana, en el río mancillado y en el viento. Yo causo estragos.

He adquirido ese derecho y reivindico la responsabilidad.

—¿Adónde irá el mundo sin Dios? ¿Adónde irá la palabra privada de eco, batido por las olas?

—La inspección, aquella vez, no fue mera visita de rutina. Despojado de su carga y de su tripulación, el navío fue enviado al fondo. Dinamitado.

—¿Dios pulverizado? ¿Quién habrá de anunciármelo? Ni el menor arañazo en la piel del aire o del agua que me indique que fue tocado. Ni la más mínima lesión a la nube ni a la arena. Ni el menor humo revelador. Nada, entre las olas, salvo el grito de los hombres luchando con la muerte.

—Sacudidos por un momento por la explosión, el azul celeste y el mar atestiguan de nuevo un destino sin Dios, ajeno al individuo.

—La divinidad es deber de hombre que aguza el diálogo.

—Tomar conciencia de la unidad del universo, ¿no es acaso describir la existencia involucrada de Dios, inventar a la nada un centro?

5

—He seguido la pista de todos los puntos de reunión.

—Alrededor de nosotros, ¿quién habla aún?
Allá, ¿quién escribe aún?

—Mentira en Dios, te sigo la pista.

—¿Quién podría hacer oír un nombre de refugio o de engendramiento? ¿Quién se atrevería a dibujarlo?

(Al no poder pronunciar ya tu nombre, Yael, decidí matar.

Y todo lo que posee un nombre trató entonces de quitárselo de encima, esperando escapar a su terrible suerte. Presas asustadizas o rebeldes, ignoraban, inocentes, que me facilitaban una espada que las atravesaría de parte a parte.

De miedo perece el asustadizo y de rebeldía el rebelde.

Silencio.

La verdad exigía un espejo. Pero era menester que el pensamiento no enturbiase sus tres caras. La maté.

Ya basta de una vida presta a precipitar en el abismo la vida. Ya basta de una campana sin timbre para tumbear la sombra. Ya basta del toque de ánimas y de la grave injuria.)

6

—Caiga el techo y, con él, el pararrayos y la chimenea.
Sepulte el día al día.

—El fuego dirige la fiesta que reduce a cenizas.

—Fuego; Dios de llamas. Fuego Dios consumido en Sí mismo. Arrojo mi amor con la madera, vierto mi odio con el metal en fusión.

—Esta época carece de lenguaje.

—Silencio.

El paso se habitúa al paso y la mano a la palanca.

—Silencio.

La palabra pone a prueba a Dios. El hombre se escribe en el silencio.

(Dios, al que el hombre hizo entrar en su lugar en la eternidad, ¿es el origen y el final de una meditación profana sobre la condición humana que tendería a demostrar que todo lugar en el que se perece es fuente latente de angustia?)

La esperanza de un salvamento gracias a la escritura procedería, en ese caso, del vocablo recibido como signo revelativo del no lugar y del libro aceptado como espacio recapitulativo de inconmensurable razón.

Juegas, Yael, un juego peligroso: el que la palabra reanuda incesantemente con la Pasión y el Pensamiento por compañeros y cuyo resultado es, cada vez, fatal para uno de los jugadores.

La vida es permeable palabra, y la muerte probablemente sin escritos.

Y así, cada folio del libro se embadurna de noche innegable.

¿Pero quién descifrará el mensaje, con sus caracteres de constelación, de la sombra?

Lenguaje de ultralenguaje.

Libro después del libro.)

El relato

La muerte, al alba de la carne, desemboca en la muerte del mundo.

La savia, de ese modo, asiente a la albura.

Dios es la muerte del hombre, y el hombre un momento de la muerte inscribible de Dios.

Amplio canto de los hombres. El jaramago, hierba del cantor, será mi hierba.

Dios
o el trueno que fue Su voz,
o el relámpago que fue Su gesto,
o la leve nube que Él fue una vez,
o el cielo, el aire, el agua que son, aunados, Su
ausencia,
o el fuego que es el mal,
nuestro mal, Yael,
nuestro verdadero, nuestro gran mal.

Ah, muerte, tu mirada será la mía, y mi libertad la de la proa.

Arrozal de las noches, al alba infatigables mujeres, con los brazos y los muslos sin cubrir, llenan su cesto de estrellas.

Toda verdad de los hechos no es sino la aceptación por otros —y por uno mismo— de la interpretación que les hemos dado.

El hinojo marino reina en la roca. La pasión descentra a la piedra.

La muerte de Yael

Ah, Yael, ah palabra proscrita.

Su nombre me intrigó cuando lo oí.

Sol de Nuriel y de Uriel, señor de Tahariel, Paddael, Raziel. También me recordaba a Yofiel, Zagzaguel, Acatriel, Rafael; pero lo llevaba una mujer y comprendí que iba a amar a Yael en las orlas del negro cráter de su nombre.

Rostro de Dios, ah eclipse infinito de la Cara.

Recuerdo que aquella mañana llevaba suelto el pelo que le cubría la espalda; pelo negro con reflejos azules, suave. Mi mano, al atravesarlo, se asemejaba ora a un pez ora a una estrellamare.

Estaba echada y yo había alzado, con una mano, su cabeza y aquella mano era la vida con sus cinco caminos y su cabeza era el globo terráqueo.

El camino de enmedio es el más difícil de seguir. El más largo en el tiempo. Camino de mediodía o de medianoche, el día y la noche lo han desviado y coloreado.

¿Iba yo a explorar el mundo tomando todos sus caminos? ¿Pero acaso eran caminos? Indicaciones de paso, como mucho. Y ni siquiera estoy seguro de que se pueda confiar en ellas.

Su camisón —como si por su cuerpo vagase siempre la aurora— la preservaba de cualquier contacto. Yo acariciaba sus senos —pero era el velo de sus senos—; acariciaba su vientre —pero era el velo de su vientre—. Sólo el cuello y el hombro, después del rostro, eran de carne, y los brazos.

No reaccionaba. ¿Estaba ya muerta, o medio muerta, hundida? Pesada en el agua, envuelta en algas, entre dos olas, cerca de la playa.

Estaba decidido a salvarla. No había que perder ni un instante. La tumbaría en la arena y le devolvería el aliento.

Recuerdo aquella mañana, al amanecer —¿o era otra mañana igual de gris, en otro lugar, en otro dormitorio?

(¿...puede que en el vacío, patria de las almas extranjeras, o en otro lugar, como en sueños, en un país tan alejado del mío que ya no sé su nombre y, con todo, tan atrayente. Voluptuosa parte de un cuerpo femenino del tamaño de un continente, un país como una nuca o un pezón cuyas fronteras son vellos; un pálido país atrapado entre dos ojeras como las que se ven en el rostro de los amantes, que descubren una nostalgia de sombra infinita...?)

Aquella mañana —solíamos, acabada la cena, quedarnos en el salón o prolongar la velada con unos amigos en alguna sala de fiestas—, aquella mañana, digo, o aquella noche, ya no me acuerdo, después de que hubo echado las cortinas del dormitorio y de que, desvestida, hubo renunciado a la luz de la araña por la discreta de cabecera, me reuní con ella en su cama. Estaba inmóvil, rígida en sus negativas.

Había, en un rincón, un dócil animal de peluche o de fieltro del que no se podía decir con precisión si se movía o estaba quieto, pero cuya respiración se oía claramente; un animal herido, daba la impresión, cuyo resuello era más bien un estertor, junto al cual se habrían podido observar huellas de sangre.

Inmovilizados en el limbo, en la grafila de claridad cuyo contorno nos revelaba el espejo, una mejilla contra la otra, una sien contra la otra sien, nos dejábamos retratar en efigie para qué moneda rara o qué medallón de marfil, en su marco enfurtido,

que habría de acabar colgado de la pared: imagen del Monarca y de la Reina, del conquistador y de la favorita.

¿Era yo o *el otro* quien la abrazaba? *El otro*, sin duda, a quien Yael se dirigía cada vez con tanta complacencia en la voz y en los ojos que me lastimaba profundamente. Sin embargo, aquella mañana o aquella noche, ya no sé, se produjo algo asombroso en lo que no dejo de pensar. Yo ya no era el mismo. Yo ya no era yo. Era *el otro* o, mejor dicho, ocupaba por fin el lugar que él ocupaba y me producía tal exaltación hacerlo, sentía un agradecimiento tan grande por la hora que me favorecía y por el mundo, que perdí el control de mis actos y estreché a Yael contra mí durante tanto tiempo que se derrumbó, inanimada.

Me sumergía en sus ojos entonces sin límites. Imploraba el instante en que sus párpados se bajarían y yo dejaría de rodar por el vacío. Me sentía ligero pero irremediamente condenado. Me estrellaré en breve contra el final de la noche y así acabará brutalmente un ser que no habrá sabido nunca por qué vivió.

Sin embargo, y aunque no pueda con todo afirmarlo, creo recordar que no me inquietaba sólo por mí. Más que mi muerte, me preocupaba la de Yael.

El remordimiento acometía a mi alma, me lastimaba.

¿Cómo conseguí agarrar la muñeca de Yael? Me encontré en el dormitorio, con el antebrazo contra la sábana. Me convencí de que su pulso seguía latiendo. La vida me devolvía la vida, donde su muerte me había precipitado a la mía.

Recuerdo haber escrutado durante mucho tiempo mis manos antes de interrogarlas, como hará el Comisario cuando venga y me diga: «Le escucho» —pero seguro que no con la misma eficacia, pues desconozco los métodos de investigación de los policías.

Diré —¿pero me defenderé?, no siento necesidad de hacerlo—, diré: «Yael...», como si aún me dirigiese a ella, aunque por última vez. Diré: «Hubiese querido, Yael, ayudarte, pues, al

hacerlo, hubiese estado en armonía con mi alma. No sé si te he suprimido o si te has extinguido en el umbral de un imposible amor, en los márgenes de mi muerte». El Comisario se negará a que yo salga bien parado apenas con esas palabras y tendrá razón; ¿pero acaso sé qué pasó esa noche o esa mañana?, ya no me acuerdo.

Estaba Yael en la cama y yo a su lado. Había tomado su cara entre mis manos y su mirada era tan dura, tan cruel, tan obstinadamente dura, que las pocas frases que oí parecían haber sido pronunciadas por las niñas de sus ojos.

Apagué la lámpara. Había claridad en el dormitorio. ¿Había abierto yo los postigos para que se filtrase un rayo de luna? La oscuridad se disipaba en los confines de una oscuridad más blanca; pero puede que fuese realmente de mañana, cuando el sueño aún no nos había dejado, la mañana saludaba a través de los párpados del perezoso despertar, tan finos —casi transparentes— que los manteníamos entrecerrados para sentir la suavidad de la anteluz, el frescor de la sombra rosada.

Apoyado sobre el codo, contemplaba a Yael. Mi rostro, encima del suyo, era el mechina de un muro que se desplomaba, el centro de una tormenta semejante al interior de una llaga celestial que sumía al mundo en el horror. Ella gritaba. Alejarse de mí, mantener ese alejamiento con toda la fuerza de sus brazos extendidos, era la forma que tenía de escapar a la destrucción y a la muerte. Bajo la presión de mi pecho, cedieron, poco a poco. Y ya sólo nos separaba el trasudor de nuestros cuerpos en el desorden de su desnudez.

Ya no era yo *el otro*, que estaba de pie, detrás de mí. Comprendí que la inmensa distancia que Yael había querido poner entre nosotros abolía la que al parecer existía entre *el otro* y yo, de tal manera que yo era la pesadilla contra la que ella se debatía aferrándose a su amante más allá de mis manos que ya no soltaban su cuello. Sus ojos le decían su amor y la repulsión que yo le inspiraba. Le decían a él su fidelidad en el más allá.

Me di la vuelta. Estaba solo, con el silencio por cómplice. Los gritos de Yael colgaban del techo, como piezas de caza colgadas por las patas y, en esos pobres animales, estaba el cielo debatido.

Diario I

Breve ceremonial, pacto pérfido, sombra y luz hasta ahora rivales se pondrán de acuerdo para hacer mentir a los augurios.

Tú tienes más de un rostro.
Te has tomado tu tiempo.
La mejor parte del minuto es ausencia.

El tiempo del silencio absorbe nuestro tiempo.

El cuerpo tiene desechos de ausencia que hacen pensar en los enojos del instante frente a la eternidad.

Si la muerte está en el mar, su fondo es el oro.
Ah, olas henchidas de vida, ondas con piel de sol.
La mañana está en todas partes.

No son siempre los que vemos gobernar quienes gobiernan.

Los cerrojos de la vida tienen las tinieblas por llave.

El paso está bajo el signo de la pérdida.

Toda espera es una alianza con la muerte.
La noche es muy hábil.

Noche en cada nudo.
Contra el soporte.

El puerto es el pozo.

Universalidad del rostro. Los rasgos son muescas y realces olvidados.

Honrar al oráculo. Tú construyes. Confías en lo opaco, en lo sólido.

Y así la piedra llega, por la piedra, a la nube.

El cielo baja. Las hormigas azacanean en el firmamento.

Mi noche fue aterrajada al molde de un sueño infernal.

Yo era Yael y *el otro* y yo, a la vez.

Yo hablaba y tenía tres voces.

Caminaba y seguía tres caminos.

Tres corazones mandaban en mi pecho.

Tenía, con todo, mis ojos

mis piernas y mis manos

y estaba solo.

Maldito, yo era el mal y la maldición.

El hombre de la letra es triple. En el libro, el hombre y la mujer y ambos se debatían en la noche del *otro*.

La historia del libro fue y será. Y lo mismo nuestra historia.

El alma carga sola con el fardo alar de la palabra propagada y del secreto del sueño adormecido.

Gran agitación durante todo el día. Cada vez estoy menos

convencido de haber soñado, como si no fuese el sueño lo que, ayer, me hubiese marcado, sino el sello de una realidad misteriosa que, hasta ahora, había mantenido oculta.

La eternidad se achica. Vivirá de la fracción real del segundo, y el segundo de su relación con el cuerpo.

El mar, en el misterio de las ceremonias de entronización, repite el gesto consagrado de sumisión al mar.

De ese modo, el hombre contra Dios manifiesta su apego al hombre, por encima de la muerte.

Años de la carne, de los nervios y de los huesos; años de la saliva y de la sangre. El alma carece de edad. El cuerpo es el instante.

Infancia, vejez. El cuerpo balbucea, demuestra, se somete. En la muerte, el alma se encuentra con el alma.

Conservas, de aquel día desfasado, lo que en ningún momento fue tu porción de felicidad, sino las guarniciones de engranajes de tu odio.

Te encuentras como salida del deshoje de tu infancia, de los jardines de tus años embriagadores. El pasado ha pensado tu forma. El instante la ha modelado para el instante que a su vez la ha modificado. Y así tú no eres tú misma hoy más que ayer; no eres tú misma más de lo que lo serás mañana.

Franqueas el espacio igual que se franquea un arroyo, igual que se atraviesa un río o se escala una duna. El pájaro, el pez, el escarabajo negro y seco están en el libro. Vuelas de un cielo a otro, nadas de una orilla a otra, vagas de desierto en desierto.

Te llamas Yael y ya no temes a Dios.

Contigo van la niña que fuiste y la muchacha cuya virginidad herida vela a su sombra —semejante al folio acurrucado en su

abandono y recogido por la mañana, al pie de la cama, en el que las palabras del deseo se entreveran con las de la humillación.

Y ese hijo muerto con el mundo que llevas en los ojos...

Te llamas Yael y tratas de coser, uno a uno, los jirones de tu nombre.

Tan joven, y con un nombre hecho pedazos.

Niña, niña
de trenzas pesadas, nariz arqueada.
No reconozco tu cara;
pero vuelvo a hallar tus ojos.

Muchacha, muchacha
de pelo corto, labios cortados.
No reconozco tu cara;
pero vuelvo a hallar tus ojos.

Mujer,
con el libro debajo de la frente, en tus párpados cerrados.
Desciframos, en nuestra cárcel, las páginas del libro, en donde el ser, las cosas, el universo se escriben por la mirada.

Me ha sucedido imaginarte como fuiste.
En un trazo de pluma la vida, a veces, recobra la vida.
Haremos como si estuviésemos vivos.

Sé lo que voy a decir.
Sé lo que voy a escribir.
Lo que digo será escuchado.
Lo que escribo será leído.
Mañana ya está formulado.
Mañana; ¿pero dónde, pero cuándo?

Habías acudido a sorprenderme al cuartito de nuestro piso en el que me aísló a menudo para trabajar. Estabas desnuda, bajo tu deshacillón de color melocotón. Querías charlar. Lejos de tu cuerpo y de sus pórticos. Fuera del abismo.

Te ofrecí cigarrillos. Fumaste mucho.

Yo era el guijarro que dialoga con el agua. No hay que creer que, en sus asperezas solares, no habrá de modificarse la piedra. El agua es hermana rival del fuego. Engendrados, ambos, de muerte.

Frases de luz anuladas en su hacerse, difusos fulgores de engarces dejados, ¿sé acaso qué me dijiste?

Cuando callabas, estaba de sobra la luz.

La aurora nos sorprendió, abrazados.

El silencio es el manantial.

Hace mucho que te observo. Hace mucho que aguardo el momento en que ya sólo veré lo que me ocultas; en que sólo oiré aquello de lo que no hablarás a nadie.

Donde nuestras vidas descansan, un sol de precinto amaestra sus fuegos.

Es época de desgaste, pero la verdad se diluye en los médanos de las pruebas perdonadas. El movimiento está en los espejismos, a la orilla de la sed. En pie en el primer peldaño de la escalera, en el primer paso. No hay ya distancia entre el ala y el lindero. La alameda está sembrada de pájaros muertos. El diestro se inicia donde el árbol pierde sus raíces y la hierba su fuente.

Yael, la puerta a la que llamaremos será de aire. Nuestros puños serán de plumas. Se cernerán, aves; antaño, tijeras de odio.

Se llenará el cielo de ellos y el sol les devolverá su sombra.

Apenas aguantas la voz insinuante de las cosas que, incurvándolo, permite al silencio contemplarse en el silencio.

Ah, espejo, donde los sonidos se asemejan a las mariposas que se han despedido de la flor.

Olemos el rostro.

La noche contracalco.

Una especie de complicidad precedente de una oposición en su extremo nos ata mutuamente. Tú lo advertiste en seguida.

¿Ibas a optar por la franqueza en el acto que te liberaría frente a ti misma y a nosotros? Escogiste el barro. Encenagados, lo hicimos lo mejor posible.

En la superficie, como dos charcos de agua turbia, tus ojos interrogan al espacio, preguntan al polvo de astros deshorados cuyo grito salpica al mundo.

Tu juventud clama venganza por el daño que me haces y con que me abrumas. Somos una misma víctima. De tal suerte que no sé nunca si es a ti a quien veo cuando alzas los ojos a mí.

En el sueño, tu mirada es la pavesa que acaba con la cosecha. De día, me amenaza, como esas espadas improvisadas con vaina de desagadero que se ven brillar a lo largo de las aceras, en los arroyos, o como esos picachos de mediodía cuyas piedras guardan el recuerdo de un pinchazo insoportable.

En el fondo de tus pupilas pueblas nuestro universo con aves de tus islas, animales serviles. Arañas y te dejas arañar. Tus pensamientos tienen un pico, alas.

Fue tu mirada, Yael, la que te traicionó. Se detenía, al principio, a medio camino entre tú y yo, como para tomar aliento o decidir qué dirección tomar. Era tan desmañada esa vacilación que tu sonrisa se esforzaba por ocultar, tan embarazado tu comportamiento, que te creía aquejada de timidez.

Más tarde, tu mirada cambió. Me traspasaba, como si, de

pronto, hubieses adquirido el poder de volverme invisible. Pasabas a través de mí, sin preocuparte por la herida que abrías. Así durante meses en los que, en nuestras tierras que el silencio nutría, germinaron simientes de soledad.

Y luego, una mañana, tu mirada se transformó. Yo asistí a su nueva metamorfosis, impotente. Vi cómo se ensimismaba, se acurrucaba, se definía confundiendo con esa calentura vegetal que es la flor en su primer diseño y que, a causa de su perfume fatal, habría de provocar, al abrirse, la muerte.

¿Fue por temor a enfrentarte a mi desprecio o a mi cólera —o quizá hasta a mi amor— por lo que preferiste, aquella noche, refugiarte en el trivial pretexto de un dolor de cabeza súbito que te inmovilizaba a aquella distancia en la que aún te podía tocar, pero ya no me pertenecías?

La añagaza es mediadora perfecta si falta el compromiso; si el alma se halla tan trastornada, indecisa, que le falta valor para afrontar el veredicto de la razón. La razón decide, entonces, por sí sola, sopesa los pros y los contras con el rigor de que es capaz.

En nombre de una lógica que tú engarzas, izas, hasta arriba de un asta de complacencia, la mentira, igual que el grumete los banderines del navío, para proseguir tus viajes a la altura de nuestras costas monótonas.

¿Qué promesa de país se presenta a tu pereza atravesada por estremecimientos? Te aventuras sin nadie, despegada de todo.

He acabado por serte un estorbo tan grande que tu tedio reclama sin tregua algo nuevo, inabordables playas, océanos más vastos.

En la prolongación de tu mirada, ¿te ofrece la muerte la posibilidad de sobrevivir donde yo ya no estoy?

Era menester que me rematases en lo que jamás existió, me despojaras de lo que, en ningún momento, fue propiedad mía; fingieras que me dabas lo que, burlándote, ibas a hurtarme.

En ese juego en el que la Nada binaría la Nada, tú triunfarías.

Desamparada, donde te llamo; vestida de pieles cuando te quiero desnuda. Me atraes para rechazarme mejor. Y tu mirada revela su fiebre más alta.

Conseguiste el aislamiento de la boca para que te fuese una aliada sin cuerpo y sin alma.

Si la palabra es la gran esperanza de la mentira, tú hiciste del simulacro de gustar y de amar los portavoces de un comportamiento contradictorio que aboca a mi pérdida. Difiero lo peor. Miro cómo me humillas.

¿Qué pasión defraudada de la verdad te mueve? Me tuvo durante tanto tiempo encandilado que la consideraba tu virtud más hermosa. ¿Caminamos, en nuestra procura de absoluto, en la misma dirección? Nos hemos jurado no apartarnos nunca de nuestro camino. Igual que yo, intentas superarte en la indestructibilidad del alma. Nuestro inicio fue idéntico. Tú despojas a la llegada a una sombra mientras que yo acojo al rocío exiliado.

Unidos por todos los hilos de una salvaje servidumbre.

Pasaste la mañana con *el otro*. ¿Os habló el mar su lenguaje de impaciencia y de olas? A tu regreso, una lágrima perlaba al borde de tus párpados. Por esa humilde gota, perdonaré largo tiempo.

En nuestros llantos mana la sangre matutina de Dios; pues el alba fue la amarga aprensión de Su pérdida.

El segundo se engasta en el tiempo, igual que los azogues ribeteados de espuma en el mar que los rompe. El agua no puede retener el agua. Nos lo recuerda la isla.

Te debe su suficiencia y tú padeces, sin desfallecer ni indignarte, su yugo; magnificada de ese modo y lastimada por ti misma.

Será en tu mirada, en la que el mundo captado se deforma de inmediato, en donde te castigaré. Me he de introducir en ella a hurtadillas, reptando, como un héroe en un campo protegido por alambradas; igual que un héroe o un malhechor.

¿Cómo reaccionarías al advertir mi presencia en el fondo de tus pupilas? ¿Cómo harías para expulsarme? ¿O acaso me olvidarías? Si así fuese, mi muerte sería la horrible del naufrago.

Fingiste asombrarte cuando te comuniqué que me había aposentado en tu mirada. Te lo dije con cierto despego y luego me complací en una descripción pormenorizada del paisaje interno que había descubierto en ella. Hablé de la playa en la que, en compañía del *otro*, abarcabas un universo de arena y de cielo que el sol improvisaba. ¿No me habéis robado esa porción de infinito? Mencioné la noche en que, juntos, formabais una especie de corazón aunado cuyos latidos imprimían su ritmo al mundo.

Me hiciste preguntas, como si tratases de pillarme en falta. Querías saber adónde iba. Querías, a través de mí, saber adónde ibas. Luego me diste la espalda. ¿Acaso sabía yo siquiera quién eras?

El otro sabe tu nombre. Puede llamarte. Puede deletrearte. Para él, encarnas cada una de tus letras, las cuatro vergas de tus evasiones. La letra se diferencia de la letra en la desgracia; en la audacia, son una misma vela. Lejos, en una tierra atenta a tu llegada, un ídolo desconsolado recobra la vista.

Amas sin amor salvo en el amor que te borra. Apartas, al pasar, el grito. ¿Dónde te detendrás? Eres, a un tiempo, preludeo y término del viaje, lo único y lo innombrable de lo que todos los

rostros alejan, sin remisión, el tuyo. De tal suerte que amas en la inagotable distancia.

El vacío te desorienta donde no eres más que una anunciación de ausencia, un advenimiento de brumas con blancuras de galaxia; como si la noche pretendiese llegar a la noche por un camino vedado.

Tus parientas muertas —tan cercanas por la promesa de no reproducirse— son esas maravillas de semejanza que atestiguan la eternidad en lo que ya no tiene rostro ni función.

Tú eres el mensaje sin mástil que se puede recoger, igual que un guijarro. Ciudadana de países irreales, amante irreductible, dejas al *otro* la tarea de colacionar los himnos del desafío con la imagen inmediata del mundo.

El don del color a la luz es un obsequio de transparencia.

¿Quién llevará la contraria a quien asegura que en el interior del ser una lámpara negra hace el hombre negro, una lámpara amarilla el hombre amarillo y una lámpara blanca el hombre blanco?

El mar no vuelve nunca al mar.

¿Estabas, aquella noche, a punto de capitular, empujada por una obsesión cuya prueba y falta de salida agitaban tu sangre y asolaban tus mejillas?

En seguida te controlaste.

Una extraña palidez había sucedido al rubor de tu cara y aplastaste, cuando menos me lo esperaba, tus labios contra los míos.

Yael, de ese beso aún se encuentra deslumbrada mi boca. Cegaba mi garganta, quemaba mis pulmones. Yo me abría al milagro, como un árbol a las frutas que habrían de alimentarle. Me olvidaba del presente y sólo recordaba los troncos de la dicha en el llar, sin cuidarme del ardor que los consumía. Besaba tu

frente, acariciaba tu pelo. El segundo empujaba al segundo por un sendero florido que la llama trazaba.

Deshiciste bruscamente mi abrazo en un movimiento de apartamiento y te echaste a reír.

Te reíste largo rato. Y esa risa confesaba, a la vez, tu omnipotencia y tu derrota. Yo sentía una inmensa piedad por ti. Me decía a mí mismo que llevabas en tu seno el mal, como una madre soltera al hijo del escándalo y del infortunio.

Luego te dedicaste a decir frases triviales, pero no te escuchaba. Estaba oyendo ruidos de pizarras pulverizadas bajo el martillo.

Afuera, llovía. Te desnudaste lentamente. Por un instante permaneciste desnuda ante el espejo. Dabas la impresión de ignorar que estabas desvestida.

Me casé contigo, Yael, por tu independencia, por esa salud moral que me era precisa; pues siempre me costaron los compromisos.

Tenías veinticinco años. Yo, algunos más. Nuestras manos se habían buscado de camino en camino; y cuando, una mañana, se juntaron, pensé —quizá también tú lo creíste— que ya nada nos separaría jamás.

Te hice entrar en un universo de confidencias y de ofrendas en el que debía prevalecer la palabra veraz. Y te decía que, sin esa palabra, al mundo habría que vomitarlo, que negarlo.

La verdad quería estar a la altura de la ley a cuyas exigencias se sometían por adelantado nuestro cuerpo y nuestra alma.

Decías: «No cambiaremos el mundo, pero seremos un mismo manantial. Desaparezca el río en el mar. Tú y yo bebemos en nuestras palmas emparejadas».

En remar hacia el refugio en que te convertiste consistió mi gozo. Donde te hallabas, todo era puro. La fealdad, apartada. Nuestros movimientos seguían el surco de nuestras palabras y nos movíamos por el espacio explorado de nuestros labios.

¿Por qué me destroza la vida ese odio hacia la mentira? ¿No he visto acaso, cómo, bajo su imperio, se descomponen los mecanismos más seguros, caen los hombres robustos, como murallas minadas, se cierran los horizontes en el umbral del infinito? ¿No he visto acaso a la humilde pero noble parcela de tierra desmoronarse en su fe en el incendio y cómo la noche borraba aun el recuerdo del adiós de la aurora? Nacer, antes de encontrarte, me parecía que era haber hecho trampa. Son tantas las víctimas que, en nombre de una noción del hombre y de Dios, proyectan su sombra sobre la página en la que te he requerido. Son tantos los paisajes, los objetos, las hojarascas que me muestran sus llagas donde las sílabas me reclaman.

Yael, tú eras el consuelo y el soporte. Mi pluma, de párrafo en párrafo, aprendía a delimitar la verdad de una vocación puesta constantemente en tela de juicio; adquiría el derecho a compartir el fruto del hambre, después de haber pagado su diezmo; reivindicaba el privilegio, en nombre del resplandeciente amor, a acurrucarse, igual que el amante en el seno de la amada, en el vocablo y en los márgenes del libro.

Éramos dos para desafiar a los Poderes de la oscuridad que modificaban el curso natural de los acontecimientos. Nos manteníamos apartados en nuestra perseverancia, obligando a ríos y torrentes a soslayar la roca-testigo que formábamos. Dos en la existencia y fuera del tiempo, adonde nos relegaba el entonces. Se había forjado un nexo entre el país y la infancia. Los árboles vivían la epopeya de su madera y los insectos inventaban su sed.

Tú preferías los pájaros a las flores porque —confiabas—, cuando vuelan, no tienen sombra, como si no hubiese noches ni mañanas.

Yo imaginaba, de tan sencilla que se te presentaba la verdad, que mi obra de escritor había nacido de la espontaneidad de uno de tus gestos familiares. Llegaba a las raíces. La granazón de las ramas en sus hojas me parecía tan evidente como la consumación del hombre en sí mismo.

La savia manaba de la savia. Éramos nuestras estaciones del año y el vértigo de una voluntad de obedecer al sol y a la lluvia.

¿Tan atormentado estaba por mi salvación que descuidaba observarte? Así sucede a quienes devora un fuego de hematites.

Morir por morir parcialmente, nos sostendremos en los cambios que haremos sufrir en el momento advertido.

También a la ausencia le hace falta un centro. Lo ocupas. Dejas que el mundo gire alrededor; que gire en vano hasta retorcerse.

¿A qué necesidad de subvertir el orden natural de las cosas atribuir la asistencia a la ausencia de que somos, mayoritariamente, partidarios?

¿A qué muerte legítima oponer la extravagancia de una muerte voluntaria que la violencia engendra?

Respondemos con mil murmullos ilimitables, sordos rumores de nácar que a cada ola impugna el océano.

Estar muertos en cada gesto en que apunta el gesto nuevo. Ante la página accidental, ¿abusé, como tú, del cielo?

Ser una palabra, aceptar desdecirse por ella.

De ese modo, yo asumía una arbitraria mudanza de ausencia que me ocultaba a mis ojos.

De ese modo, por no haber sabido dotar de un sentido autoritario a mi vida, pacté, en el interior del vocablo, con el vacío.

Aquel centro inexistente fue el lugar escogido de mi pluma, el pozo oscuro al que acuden los vocablos a beber y a morir luego en sus folios. De ese modo, en el libro, se consuman los libros. La voz se vuelve tinta donde me encuentro solo. ¿Quién sabrá jamás dónde estamos?

Poseías el discurso por derecho propio. Te hacía perder la vergüenza en el interior del verbo. Carecías de pudor en el vicio.

Una vez fuera de la palabra, te atenías a una dignidad modesta de esposa escarnecida.

Tu ambición, empero, seguía sin conocer límites; toda ella minuciosa megalomanía.

El arte del escritor te debe su mejor representación. ¿No eres acaso pasto de las palabras llevadas a cabo?

Yael, cuando, ya sin mal, denunciaba yo como una mentira recibida de Dios —de la que el propio Dios descendía— a la escritura en su sumisión a los asertos del signo, chapoteaba entre dos expresiones de una verdad vivida en su referencia a una realidad extensa. De tal manera que nada resultaba alterado por el verbo, sino interpretado en función de un nombre, con relación a una imagen, a un sonido. El objeto seguía siendo el objeto inaprehensible, aun cuando aprehendido; creado en su fracaso en mostrarse.

Me decía, entonces, que quizá había entreabierto el alma de las cosas en los vocablos —que era, a la sazón, su alma— y que me había anticipado a su fortuna, en la eclosión de sus sueños.

Sentir es abordar el dolor o el gozo del mundo.

¿He de ser acaso indefinidamente lo que toco o lo que veo, nunca yo, en mi impulso deslastrado?

Si bien la humana verdad es inexistencia de nexos —un lago en el que contemplarse o hundirse—, también es la fatalidad del encuentro de dos seres, igual que fue la del universo con el verbo.

Ante el objeto, la verdad radica en la emoción que, en breve, la repudiará. Aunque dispensase el infinito de las ventanas, haríamos fortuna perdiéndola.

Su condición es la pobreza; una semilla, un grano de arena. Verdad estéril o fecunda, perece de esterilidad o de fecundidad. Lo nuestro es la interpretación en un mundo indescifrable.

¿Quién eres tú, Yael, para engañar contra ti misma a la que quieres ser? ¿Qué dios demente ha plegado tan prematuramente

tus sentidos para que ya no aguantes al mundo en su brumazón y sus colores?

La noche propicia la alianza entre el Mal y el Bien en un frescor parejo de bosque.

Tú eres la disculpa del crimen, el preámbulo al coloquio entre el verdugo y el condenado.

Ajena al cristal que despierta, en la ola, la vela engallada de vacío, desgranadas en su curva cabal la hora tinta de yodo escapada a la orilla. Ah, nostalgia nativa de las profundidades perversas de la mente y de los sentidos.

Un mundo sepultado en tu valedor. *El otro* pule la estela de mármol en que has grabado tu cuello de otero.

Magnífica en tu serenidad resuelta en la que cielo y tierra comparten una misma noche de naufragio.

Demorándome algo en los móviles plausibles de tus artimañas, fui inducido a la conclusión de que tu habilidad para desbaratar, en la luz, las interrupciones del día se debía a que nunca le plantabas cara, sino que la afrontabas dando rodeos, buscando en sus remotos recodos desalentarla por estar viva.

Una claridad mortecina te permitía alzar sobre sus escombros palacios y cárceles, centinelas afanosos de tu gloria. Como la lámpara quebrada conserva el brillo de su soberanía nocturna.

Podías cantar albos, pero allende el azul del cielo. De tal suerte que entre nosotros siempre había el intervalo de un mundo.

Más de una vez esperé franquear el espacio en que el sueño acompaña al signo, en que la escritura, en voz baja, promete el puerto. Allá, al final de mi expectativa, igual que esos fonemas de los que la tinta se ha apoderado, habrías sido mía, visiblemente mía hasta el alma.

¿Quién eres tú, Yael, para desdeñar el salvamento que con el instante yo prendía?

La noche te prestaba su red de seda y tú extraías de la hinchazón de las olas una fauna y una flora desconocidas. ¿Exal-

taba *el otro* las prendas de su hacienda? Era como si él leyese en ti, pues eres, a la vez, el universo y la palabra.

Juntos, lacrabais el pliego de las profundidades que no agita ningún rayo. La noche líquida en su memoria monstruosa.

¿Quién eres tú, Yael, para preferir tu rostro increado al que, pacientemente, esculpo? Eres y no eres esa mujer cuyos reflejos remiten a su nostalgia de ser.

No tienes agarradero para los ojos. A quienes seduces toca llevarte. La pura semejanza escapa a cualquier pertenencia. Anchuras barandas de sombra salada adornan la tierra y el universo surge de las tinieblas oceánicas.

Tu espejo es ese abismo silencioso en que se hunde la mirada a la que nada retiene. La realidad que tu desconfianza hacia ella remacha se esboza en las inmediaciones de una aventura sin escucha. Rehacer el silencio en el estruendo de una existencia denunciada. Ser el plomo que tensa la guita.

De todas las mujeres que te liberan, ¿cuál posee la conciencia de sí misma que te caracteriza?

¿Cuál, en la impostura, tiene una inclinación a la victoria tan violenta que nada la aparta de su papel?

Regresé antes que de costumbre. Tú estabas escribiendo. Encima de la mesa estaba el cuaderno tuyo de hojas azules y, cerca de tu codo, varias hojas derrubidas con tu escritura fina que yo amaba por todo lo que, antaño, me había permitido adivinar.

Sabía que te carteabas con *el otro*; pero, ¿de qué podías hablarle? ¿Acaso no le veías a diario? ¿Le estabas enviando tu última misiva?

Metiste las hojas en el sobre sin releerlas. Te volviste hacia mí y me dijiste: «¿Qué hora es? En seguida estoy lista y salimos».

Te contesté que no hacía falta que te diceses prisa, que teníamos tiempo. Y esa frase se esfumó de inmediato, pues mi angustia la gravaba de brumas y la entregaba a la noche. Mis ojos se

cruzaron con los tuyos; no cabía duda de que serían los últimos en morir.

Debía de haber mucha tristeza en mi mirada, pues te sentiste obligada a añadir: «He estado escribiendo a mi madre».

Sabía que mentías. Tuviste la sensatez de no insistir. Yo no te preguntaba nada. Dejaba que reptases, igual que un reptil por su veneno.

Las horas que pasamos luego con tus invitados en aquella sala de fiestas ruidosa de la *rive droite* que era tu favorita están unidas al rápido instante en que deslizaste tu carta en el bolsillo de tu amante.

Me había alejado de la mesa en que cenábamos para saludar a un amigo al que acababa de ver —pero además era un pretexto—. No tengo gran simpatía por tus amigos, sabiendo todo lo que saben de nosotros. Me ocultaba una columna. Pensaste, sin duda, que no te veía. Cuando volví con vosotros, me propusiste que bailáramos. Una vez en la pista, te estrechaste a mí. Cerré los ojos, confiando en vaciar enteramente el contenido de tinta del mundo sobre las imágenes de miserable compilación que me rondaban. Tu cuerpo llevaba al mío. Éramos una barca de música que las olas mecían. De repente, escuché tan confidentemente que cada vocablo hubiera podido ser una secreta caricia para el corazón y para el oído: «Recuérdame que eche, mañana por la mañana, la carta. Ya sabes lo distraída que soy».

¿Así se urden los naufragios? La ola es solidaria de la ola. Nadie romperá jamás las cadenas del agua.

Al alcance de nuestras lanzas conjugadas, ¿quién nos auxiliará en nuestra ceguera? Sabes qué ciénagas, en el umbral del amor, me muerden los ojos. Los combates que libramos son batallas de tinieblas de dos contra uno. Tú cambias deliberadamente de campo y ese vaivén repetido asfixia hasta la raíz más tenaz de la luz.

Me aferro a la roca. Debo vencer, a toda costa.

Acepto mi verdad como un don, como algo que se me debe.

Tanteo el sol en sus cimientos de saber, en sus cráteres de creencias en que la tinta es hermana de la lava.

No tienes, como esas heroínas, dueñas de su destino, que pasaron gracias a una artimaña a la historia, plenos poderes. No eres libre —¿lo había supuesto yo durante mucho tiempo?— de destituirme. Estás obligada a respetar las reglas del juego. Debes asestar a la luz tus puñaladas y tus golpes de diamantes.

(Las brujas y las hadas, dicen, llevaban arma y lágrimas en el dedo; misterio de las sortijas, secretas aspiraciones de las piedras desgajadas en la muerte.)

Me obstino en reconstruir el refugio de hojarasca sensible que habrá de aislarnos en la semilla. El suelo no nos aísla del cogollo de la tierra. La unidad se encuentra en la almendra conservada, igual que lo está en la pulpa nominativa.

Mis breves, por frecuentes, incursiones en la luz ya no se parecerán al despeque del exoceto que el cielo sojuzga ni a la irrupción de la rata a la que desfigura el hambre.

Será el día mi archipiélago. Mi morada encontrará al mar. Los cantos rodados me colmarán las manos. Estaré protegido.

Escrita, mi vida renacerá de mi vida destruida. Como las riquezas de la tierra retienen, al pie de los volcanes, a indomables campesinos.

En este atardecer veo cómo, alrededor de mí, ganan en espesor con los muros entregados a sí mismos, las flores y los árboles y pienso en el esfuerzo que precisará mañana la tierra para deshacerse del peso de su ausencia.

Yael: ¿qué energía es la tuya? Cargada —más que el planeta— con una existencia escamoteada en la mejor mañana de su trayectoria.

Todo es falso, salvo tú, en la palabra que nos confunde.

De ese modo, la máscara prevalece sobre el rostro en que el día capitula.

En el invierno del idilio, soy el llar vapuleado por los vientos; el hogar de una audacia gobernada por una prolongada meditación del fuego cuyo fervor acaba con el frío de una existencia replegada en sí misma, que arrastra ya toda la edad de su vida.

En otros tiempos, en mi extravío, había comparado el hogar al alba de la dicha. ¿Acaso no se asemejan los comentarios ardidados bajo el atizador a las noches en que la palabra —ni la mano— no encuentra ya quien la atiende?

La muerte es la ausencia prolongada de pasión que el pensamiento y la palabra alimentan. Y el mundo no tiene rostro en su verdad original. Mañana, la memoria hará estragos y el universo se reconstituirá para el hombre, en su mente y en los planos alzados del alma. La estrella agotará a la estrella cada uno de cuyos centelleos es el centelleo de un recuerdo. La memoria madura a la par que la aurora. Mentira que se aparta del instante en que Dios se reconoció en el silencio de un más allá de luz que la luz defiende de la mirada; pues Dios dejó de ver para que dejaran de verle.

Vivirías en el arcano de una separación cuyo hálito y cuyo retoño serías tú; pero tus llamadas no franquearían nunca el horizonte.

Me comunicaste tu decisión de alzar un tabique en nuestro dormitorio. El cuarto es amplio. Cada uno tendrá un lugar que nos despersonalice. Nos encontraremos al despertar, como dos extranjeros que hubieran atravesado la noche.

Insististe en que era urgente acabar con un modo de vivir que tachaste de malsano. Extrajiste tus lecciones de ejemplos convincentes.

«Algún día —añadiste— nos hubiésemos odiado.»

La tuya no podrá ser una muerte respetable. La que te atrae se afirma en el fuego; un rayo filtrado de luna.

Un muro —pensé— contra el cual dos seres desgastarán, a cada lado, sus puños.

Me olvidaba de que el espacio descuartizaba la morada.

Veo cómo enmudece el mundo, en donde amputan las alas a la palabra. El canto del ave es un vuelo voluptuoso, planeado, de complicado dibujo en las grises masas lisas del quejido; de trazo leve, anchas corolas entreveradas en la despreocupación verde.

Primero, mis relaciones con *el otro*. Se iniciaron en la mirada de Yael que se apartaba, de improviso, de su objeto para abarcar el mundo en que yo ya no estaba; un mundo que subyugaba un Príncipe cuya carencia de nombre acrecía el placer de buscarle uno.

Yael caminaba, dichosa. ¿Volvía a hallar sus pasos desvanecidos y aquella larga llamada vuelta, un día, tan débil por haber flaqueado que, de grito se había transformado en lloro para acabar secándose en sí misma?

Al volver a casa, me preguntó:

—¿Le conocías?

—Quizá, respondí, al tiempo que me alejaba.

¿Acaso no se parecía al que a media voz, en su desvergüenza, me describía ella?

Con el antebrazo replegado sobre la cara, trataba él de hurtar los ojos a los rayos homicidas del sol. No bastaban las lentes ahumadas.

Te fuiste a echar a su lado. Dio la espalda a la luz. Había en ti, Yael, tanta oscuridad que se sintió al resguardo a tu lado. Ya no le temía al cielo. Tú eras su cielo y todos los puntos sensibles de su cuerpo brillaban para él, semejantes a esos puntos de las noches de verano que tienen nombres de estrellas.

Un amor mórbido une la noche a la tierra. Tú ya eras hija de la noche antes de entregarte al día. Tendría que haberme dado

cuenta por lo difícil que, a menudo, te resultaba separarte de aquella inapaciguable presencia a que aludías en silencio que velaba las niñas de tus ojos. Demorada ensoñación de la que regresabas metamorfoseada. No le prestaba atención, atribuyéndola a una legítima nostalgia de playas desoladas que las olas asedian. Eras tan joven en tu carne ofendida que el placer, al retirarse, debía dejar en ella profundos remolinos de algas y de besos amargos.

Apenas habías alcanzado el final de tu adolescencia cuando tuviste tu primera experiencia de la noche. Sacrificabas en ella tu cuerpo fosforescente. Tu sexo se ramificaba y gozabas en el ámbito de tu irradiación. Así me lo confesaste. Al responder a mi deseo, te parecía dejar lentamente el lugar que, en una ocasión, tu virginidad había manchado con unas cuantas gotas de ultrasangre, por el lecho de zarzas que nos legaba el sol.

Tumbada, entre nosotros dos, podías cotejar nuestros destinos. La luz me reducía a mí mismo; la noche le adornaba con el prestigio de los elegidos.

Era, en su fuerza halagada, el momento lúcido de una precaria apropiación que la muerte reunía.

Los espejos mueren la muerte del lince, en la mirada hurtada. El mundo se perpetúa en los paisajes que, mientras vivió, retuvo el hombre. La claridad del amor es la de las pupilas embriagadas; la oscuridad herida, la de los párpados bajados.

De noche, mantienes abiertos los ojos. El desgarrón que no cicatrizará jamás profiere, más allá del sueño, una palabra aterrada:

«Soy Yael. Y lo que quiero, lo tomo. Y lo que me repele, lo doy.

Sólo tengo un afán: vivir la ausencia de Dios.

Dios Se exiló, dejando al hombre la tarea de deslazar el universo. Seré todas las mentiras de Dios para morir de Su muerte;

pues Dios murió por mentir. Todo lo que *es* miente. Estar en

la verdad es aspirar al No ser. Dios es Verdad. Y, así, Dios es Conjunción, Dios es Convergencia.»

La feria estaba llena a reventar: un universo en miniatura, arrebatado por el movimiento.

Se apretujaba en ella una multitud, deseosa de prolongar una ilusión de vivir que la vida estorbaba. Lanzándose y gravitando, cerniéndose y merodeando.

En su ascensión, parecía surgir de algunas capas blancas que la música y las risas hacían retroceder cada vez más lejos, como de una superficie antaño líquida, de una capa de pintura tan ligera que podía alzarla la brisa; pues el espacio está sembrado de lagos lechosos que se ven nítidamente cuando cae el día, cuando el aire es sólo lentitud y la hora más densa. Lagos de los tiempos inmemoriales, aislados y fríos, que de lago ya sólo tienen la forma conservada, pero sobre los que se sigue inclinando el instante con la estrella para perderse en ellos.

¿Cómo se han vuelto tan pequeños? Una rosa deshojada en medio del frenesí. Y de ese modo, la noche constelada ha alcanzado la dimensión del descanso y de la angustia del hombre: una fiesta de la muerte y de la vida entreveradas en la tierra.

De repente, cuando salíamos del tren fantasma para dejarnos deformar por los espejos militantes a los que la obsesión de la fealdad arrastraba a las mayores extravagancias, me dijiste: «¿Eres tú?». Arrastrado por el juego, te respondí: «No». Te echaste, entonces, en brazos del *otro* gritando: «Cambia. También se ve obligado a cambiar. No es él. Eres tú».

El otro te rechazó violentamente. Se disculpó luego por su gesto, que achacó a la excitación del momento. Yo te miraba a los ojos. Había, había, había en ellos todo el orgullo abofeteado de los siglos en el abandono de Dios.

Diario II

El crepúsculo tiene la piel de un anciano. Los rayos, en otro tiempo formidables, la han marcado profundamente.

Encontrarse en esa posición incómoda de astro en llamas y astro de agua.

Ni allí. Ni allá.

El sol es escuchado por la oreja.

Dionea. Se come el alma.

La planta, convertida en cometa, sorprende al vigilante.

Luz de los grandes árboles de hambre, de hojas dentadas.

No podemos contemplar el cuerpo celeste.

Me enseñaste a apreciar el terciopelo de las avenidas de una contraverdad cuyo voto asumías.

Tus actos hallaban su significado en la ejecución de la sentencia proclamada por las voces habilitadas de una implacable justicia a la que irritaba la certeza. Justicia del sabio y de Dios y justicia asimismo de Satanás.

Vagar era tu destino por un mundo a tu desmesura. Oscuridad, en su reflejo tornasolado en que el universo y el hombre traicionan al individuo.

Las contradicciones de Dios son las de la verdad. Querer ser veraces es arriesgarse a no serlo nunca. Instantes de verdad, hoguera de ausencia.

¡Ah!, hasta la muerte, la mentira será el asperón rosado que habremos grabado con las uñas, la paja en la que habremos ardido.

No podrás devolver a la sal su libertad de sed.

El Príncipe, acá, se halla despojado de sus privilegios.

A medias. ¿Cuál es mi parte?

Las dos mitades del fruto tienen igual sabor.

El desengaño de tu forma de comportarte fue conocimiento. *El otro* es tu preferencia.

La sangre, en sus venas, es melodía de azogues.

Asonancias. El eco es el almacén de nuestras errancias, la posibilidad abierta a la palabra uncinada.

Sea cada sonido el verano radiante de un estrato.

Las palabras emigran, igual que las aves de pronto extranjeran en su propio cielo o los hombres en su morada.

Me he preguntado muchas veces de qué horizonte surgían. Sensibles a las estaciones del año, sueñan con zonas soleadas que no son necesariamente zonas de gran claridad. Hay astros —parecidos a la variedad de cuarzo que llaman ojo de gato— más hermosos que el astro de mediodía por haber contenido el fuego y cuidado sus reflejos. Su sueño es siempre acción.

Ojo durmiente. Ojo que crece. El árbol se convierte en lo que ve.

El agua enciende el ojo.

Ah, Yael, infatigable viaje a través de la mentira de los océanos, tu vientre y tus caderas son playas húmedas por el deseo; tus pechos, dos horizontes presos de la piel; te hundirás, confías demasiado en la materia de que estás formada y que te permite flotar.

Peso mucho. Tu cuerpo bajo el mío.

Nos hundimos, Yael. Después de ti, respiraré profundamente por última vez; conservaré en los pulmones todo el aire tibio del cielo y de la tierra, un instante más, un instante Yael, el tiempo del libro.

Me he apartado provisionalmente de este diario. No puedo afirmar que haya dejado de rondar mis pensamientos.

Merodeaba yo en torno, incapaz de volver a tomar la pluma. Entre ella y yo, una incompatibilidad de situación inexplicable, como la muerte en combate con la memoria de la muerte.

Aquellos días en las Landas, ante el océano desbocado, y el viento que con sus embestidas redobladas de desacralización del mundo acrece su desamparo.

Fantasmales cóndores anexionados por los sueños demenciales de los mares, ¿quién podrá decir, de la noche o del día, qué amenaza es más temible? La piedra ya no respiraba. Los ojos se hundían en el rostro, hasta tal punto se pegaban a la piel el aire cargado de sal y la sombra.

Yael, estabas excluida de mi diario. Veía, desde luego, cómo te movías, te alejabas y volvías luego hacia *el otro* o hacia mí; a veces —a menudo— hacia nosotros dos. Tu entonación era neutra. No había cambiado tu forma de comportarte; pero el paisaje había adquirido tal realidad que era en verdad sólo audible, visiblemente único.

El universo era tributario de sus playas, ya sólo existía en función de ellas y de su austeridad en medio del silencio.

El océano nos proveía de nuestro lote cotidiano de joyas —con la marea baja tomábamos posesión de ellas; nos familiarizaba con los trazados de la mentira, en cada concha, que tú agujereabas y unías con un hilo a otra concha, y cuya historia es la del mar.

Te pusiste, un día, el collar al cuello y yo rehice sin ti, para nosotros dos, el íntimo camino, tantas veces concluso, de nuestras épocas de sangre.

¿Acaso no es la rebelión la maduración de la mentira? La provoca el exceso. Espuma que el océano arroja, baba en la que se lava y se deslíe. Cuánta sangre perdida apenas pronunciada, pero recuperada en los rompientes. Cuánta sangre sacrificada a irritantes derroches de agua.

Durante horas, contemplaba el mar de nuestros gestos, sin holgura en su área, en el curso del más suntuoso espectáculo de dolor y de horror que el silencio aterrado de la tierra subrayaba.

Yo era el suelo y sus temblores contenidos, con la cara mojada, la mirada derrotada.

Yael, allí estaba la vida, ante nosotros, con su pasado posesivo y su futuro previsto. Vana es la agitación cuando no es más que el vértigo de un ala desorientada.

Así, los acontecimientos nos mueven y nos inmolan a su impulso. La hora da muestras de poseer una intuición de nuestros actos que con mano maestra tiene sujetos.

¿Estaremos al descubierto en el último viaje donde nos llevará la proa?

No esconderás la frente en los brazos cerrados sobre su carne. El agua no protege al cuerpo que ocultan las lágrimas. La noche está en la barquilla en que nos acecha el naufragio.

Yael, seremos de lluvia, doblegados por nuestras derrotas. Tendremos salada la boca al borde del abismo brumoso.

En la playa, con un dedo del pie, habías desenterrado un pez muerto y me dijiste: «Si, aguantándote el asco, decidieses comerlo, te envenenarías. Lo mismo la verdad». Y añadiste luego: «La desnudez es la primera edad de la muerte. Tómame desnuda. La eternidad me liberará de la carne».

El temor, con todo, a desaparecer; ese temor a ser algún día lisos —¿acaso no es la forma la bravura de la curva?—, ese no saber qué hacer ante la realidad, que es ausencia de realidad, es decir, la ausencia pasiva, la que se consume esperando en la ausencia; esa angustia, ese pánico fue lo que sentiste y sin duda desde el momento en que pariste un hijo inerte, una esperanza de letra muda a la que se había adherido una porción de carne.

No hay quien meta en cintura a la muerte.

Por vez primera, me preguntaba a mí mismo en donde no te atrevías a entrometerte, quiero decir, como si, de pronto, te embargase el silencio para abandonar, en el atrozamiento de nuestra historia traducida, una pregunta no formulada porque la respuesta no te concernía.

Yo apostaba por mí, a la pasión que sentía por la vida y que había trasladado a ti, en el amor que me habías inspirado.

Apostaba fuera de toda abdicación posible en donde tú dominas, atenta a la manifestación de una aspiración subyacente que sólo tú podías reanimar.

Apostaba frente, en un enclave de sombría claridad en que el crepúsculo era el abra.

Se me enreda el pie en la trampa del momento. Tímido visitante donde el incendio, en breve, llegará a los almiarés sobrealzados de la noche. ¿Ya no seguiré?

Desde el talón a la frente soy un bloque de azul celeste.

Nada más compuesta, la frase se encuentra sumergida.

Donde el océano gime, el libro parece por el libro. ¿Se habría ahogado la palabra de verdad? En tal caso, héroe de una zambullida, sería tu muerte la del mundo.

El otro nos dejó para ir a España. Le esperaremos aquí una semana y volveremos con él a París, en su auto.

Desde su cuarto, Yael miró sin inquietud su marcha.

Yael dijo: «La verdad se abre sobre sí misma. Caminaremos por la nada de la verdad, demiurgos ciegos».

¿Te habré reprochado durante mucho tiempo esa oscuridad alcanzada tras un sutil cálculo que te dejó sin alianza en los dédalos de tus apresuradas deducciones, como si nuestros rasgos ya no apareciesen o nos pudiésemos intercambiar impunemente olvidados de nosotros mismos y del mundo; como si brusca-mente el universo se degradase y su rostro sirviese de póstumo prefacio a la nada?

La muerte es greda gloriosa que el artista modela. Será admirada o detestada en sus correspondencias. Lo mismo sucede con la escultura de arcilla que, enterrada en la tierra, prefigura al hombre.

Así ocurrió con nosotros, Yael, en el centro de la creación; pero si protesto, si rezongo, tu obra, aunque unida a la basa, se estrellará en el suelo contra su sombra.

Tu hostilidad hacia mí es la que sientes hacia todo lo que no has creado.

No aceptas más que lo que te ha venido de ti misma. No tomas más que lo que te es entregado con tus manos.

Amas al *otro*, no por él mismo, sino contra mí.

El dolor del agua hace gemir al viento.

Yael no aguantaba el reparto que se había impuesto. Yo tenía la impresión de que, en el sueño, había dejado ella bogar al *otro* sin sacarlo de su sueño. Pero, ¿acaso era yo quien dormía, quien soñaba?

¿No podía hablar más que de sí mismo a la que suplicaba que le hablasen de ella misma?

Mundo perforado, la sangre rezuma por todas partes. Oh, simientes del más caro juramento.

El tallo de la pita es fiesta del infortunio. Y se embriaga con el final del día.

Hermoso por ese acceso al secreto de las heridas.

La totalidad se encuentra en el libro y Dios es su ligereza. Hacer leer es elevarse, cada vez más ligeros, hasta el Todo; es también abolirse donde se lee el vocablo.

El cielo vacía el cielo.

El mar engulle el mar.

La tierra sepulta a la tierra.

Tu cuerpo es un imperio periódicamente reconstruido. Tus ojos se apoderan de mis ojos y yo me imagino.

Entre yo y yo, Yael no sabe escoger.

Lacera mis dos retratos de tela.

El pintor mintió.

Yael, ¿quién es ese artista de pinceles más parlanchines que tu necesidad de declararse no culpable en cada aparición?

Le aplaudes donde yo pierdo pie.

Impracticable ausencia.

Ah, ventanas de vidrio que duerme, la inmensidad dorada reside en el sueño. La noche asiente.

¿Qué filtro amoroso te devolverá la esperanza de un alba anhelado?

La grisalla guarda nuestras playas.

Turbio embarazo del globo terráqueo. Los días se colocan en círculo para transmitirse, por encima de las nubes, el sol.

La fuga, acá, es una falsa posición vertical, con los brazos alzados.

El endriago piafa ante el portillo de los nubarrones.

Estáis vivos. Sois victoriosos.

El adiós tiene el destino de los dioses.

Ayer, volví a mi cuarto, a mis objetos, a mis libros.

Me senté a mi mesa de trabajo y copié en mi diario —sin fecharlas, ¿para qué?— las páginas traídas de las Landas.

Vacaciones. El tiempo responsable de nuestras arrugas tendido en jaque por nuestros sueños. Ya no contamos. Ya no medimos; pero cuidado con el despertar. La hora no abdica.

La muerte, entre nosotros, es una vasta colgadura, un tapiz que no mancha la sangre; tan roja, en su uniformidad, como la desgarradura del ser justo antes del final.

Ese lugar común sobre la muerte se impuso de inmediato a mi mente.

La idea es de doble filo. Mato y perezco, obsesionado por su sereno estandarte.

El mundo no acude a la llamada o, más bien, se revela en su parte desaprendida. El océano es el envés del océano y la tierra tiene su anterior fisonomía, la redondez milagrosa de la primera vez.

Leo las palabras de la muerte. Ojo frutal, ojo latente. El árbol repite el pasado del árbol.

Viva el mundo de su violencia vencida. Prospere en su vientre oscuro.

El mojón será siempre una piedra; pero ¿y la ola, pero y la sombra que sueña en fijarlos?

Partida sin partida. La sed es obstinada.

No abrumen al ancla. Su existencia es la de una intrusa cuyo hierro corroe y oxida el mar.

La identificación en la muerte permite las especulaciones más absurdas en torno al futuro del rostro y su alcance. De ese modo, me parezco a ti y nos diferenciamos de las criaturas aparte que formábamos. Una mezcla de ti y de mí —¿hombre o mujer?— ocupa nuestro lugar. Yo tengo tu pelo y tú encuentras tu nariz al mirar de cerca la mía. Tú posees mi boca y mi frente, mientras que mi cuello se alarga y adelgaza para convertirse en el tuyo.

Cuando disminuye la luz, palidecemos con ella. Conservamos, sí, nuestro cuerpo, pero ya no tenemos objeto.

Yael y yo, unidos como jamás lo estuvimos, en detrimento de nuestras individuaciones engañadas a las que el amor había tiranizado para que se eligiesen.

Fuimos más allá de lo natural, inaugurando la era de una incertidumbre de la que serían víctimas las pupilas, condenadas a no ver más.

Recogemos el sueño de las raíces.

Una trinchera. Nos movemos, con la cabeza a ras del suelo. De ese modo las sombras rampantes huelen cada estirón, en su segunda intención, de la planta sagaz.

Pero en lo alto, Yael, más arriba se encuentra el vacío revocatorio que hay en nosotros.

Ah, compuertas de los tiempos pasados.

Desde mi sillón, miro a un pájaro que busca, en el luto de la mañana, la ternura del mundo.

Al resguardo de los retornos.

Hiela en el corazón. Banco de hielo. Banco de hielo.

Escuchaba, aquella tarde, a Yael que contaba a sus amigos reunidos en casa nuestras vacaciones.

Gimnasia al despertar en la playa. Baños de mar, a mediodía: «Traídos a mal traer por las olas —algunas tenían hasta tres metros. La humillación es fuente inagotable de risas».

Después de almorzar, paseos en automóvil: Biarritz, San Juan de Luz, Ascain.

En Hossegor, partidas de cesta punta. Y la corrida de toros —tan concurrida a causa de la celebridad de uno de los matadores, al que la emoción y el miedo, por adelantado, cercaban de abismo— que nos atrajo también a Bayona.

En el ruedo, combate de la muerte con la muerte, en su doble representación humana y animal, enfrentada por un momento, en el más cruel de los ballets de ultratumba.

Sentado en torno, arriba —hoces de flamas fanáticas, los gritos entrecortados, consumidos—, un público de incendiarios que propagaba, por los ojos, el incendio.

Momentos de verdad de los que la memoria conserva la imagen de fantásticas heridas, como de un estandarte eszaleado por los vientos y el fuego de un universo en juego.

Cañamazo del mal. Bordado en breve denigrado en sus rosetones rojos de lanzas y de estoque.

Trivialidad de los crepúsculos. ¿Existe una nueva collera para los ojos de los galeotes? ¿No una venda, sino verdaderas brancas para sujetar las pupilas al suelo contusionado, a las raíces podridas?

Y así la flor engaña a la flor y la brizna de hierba a la mariposa.

A todas las criaturas se les ajusta una fanega de vacío para que se acomoden en ella.

¿Significa eso, en lenguaje humano: entrar en posesión de un espacio vital? —pero el hombre más afortunado no poseerá jamás el suyo.

El infinito es propiedad de la muerte.

Nos dirigimos a los demás, al adversario con una palabra personal, para plegarla a su pluralidad.

La adhesión y el rechazo son los arcos y los escondes del discurso.

Morimos, en todo momento, en un camino.

Una regla de vida. Toda ley es consecuente con ella misma. Queremos que sea justa para difundir su espíritu y, voluntariamente, someternos.

A la ley, la fe expone la frente.

Sea de granito, Yael, esa frente.

La montaña es la monstruosa visión del grito ahogado de la tierra.

Diario III

El silencio asiste al secreto.

El silencio se encuentra entre el objeto y el objeto; distancia que pone al hombre entre él y el hombre y la orilla entre ella y la orilla.

En las alas desplegadas del silencio, unos mundos inexplorados tienden su soledad.

Implacable religión de los árboles. La copa sólo escucha a la copa.

El tiempo del cuestionamiento es el de la ayuda. Las preguntas saben a almendra.

El niño que aprende a hablar deja, poco a poco, el libro que la noche le ha dejado hojear.

El misterio quizá sea tan sólo una traspalabra que se confunde con los nudos prestamente deshechos contra los que se alza la nada. Un nudo, igual que una pausa de la mente en su zambullida copulativa.

De igual modo, el vocablo rige su movilidad.

¿Será acaso la sombra la actitud interior de la palabra? Pero la verdad no está vinculada al verbo. Es el lugar al que, por la noche, vuelve el vocablo.

Has instaurado, entre tú y yo, un diálogo de creador a criatura en el curso del cual sucumbes a tu propia voz.

Estamos más cerca el uno del otro que de nosotros mismos.

Crear es la única posibilidad de ser.

El espacio ha abdicado y ya no habrá más nunca sino la medida de un mundo nombrado.

El rostro extremo es universo.

Quien comparó la muerte
a una marea, porque con marea alta
canta la vida y con marea baja llora el mundo;

Quien comparó la muerte
a una novia porque el día de la
boda canta la vida y la noche
de los hombres llora el mundo;

Quien comparó la muerte
a un dosel, porque en el azul
del cielo canta el iris y a la sombra
de las tapias llora el mundo;

Quien comparó la muerte
a sí mismo, porque al alba
canta, por todos sus poros, el cuerpo
y en el crepúsculo llora el alma;

¿Dónde se esconde?
La muerte le reclama.

Puntualicemos. Veamos.

Ser uno mismo en *el otro*. Grafía de nuestros caminos, hasta ahora. Yael, mitad femenina de un ser que ya no dice adónde va. Lo mismo que la planta, una vez fuera de la tierra. Creemos que está arraigada en su vida, por cómo parece plegarse a su forma premeditada. La planta crece contra la planta. Su inquietud radica en la semejanza. Árbol concreto, flor designada, nunca idénticos. El sueño los abre y el día los matará.

Ninguna herida es igual a otra. La rama, el tallo sangran sólo para sí.

Monotonía de la mentira. Decoloración de la disgresión. Imaginar ya no es más que la envilecedora abdicación ante la soberana figura conservada de los milenios.

Supremacía de la naturaleza. La tierra nos arroja a la última imagen.

El orden primitivo es el de la muerte; orden divino en el que conviene la criatura en la que de eterno posee.

Tercera estación del año, la del trato con la muerte.

Otoño con tonalidades de ocre apartamiento.

Así se van los días y se desmigajan los siglos.

Busco una explicación al ascendiente que *el otro* ejerció de entrada en nosotros. Creo que si llegase a descubrir los motivos del interés que los dos sentimos por él, o si al menos consiguiese determinar el día y hora en que irrumpió en nuestra vida, comprendería mejor nuestro comportamiento hacia él; pues no hice nada por apartarte de su persona.

¿Encarna la tenaz resistencia del corazón frente a las tergiversaciones malsanas del deseo?

Corazón regio, profundamente leal. El elogio es su lógica. Desde tu primera turbación de adolescente, ¿le has dejado

alguna vez? ¿Es él quien te ha seguido, siempre, hasta donde has creído dirigirte?

Quando me conociste, ¿renegaste de él?

Hay noches en que me pregunto si acaso, para que acabe con nosotros, no lo habremos sacado de esas regiones-límite a lo largo de las cuales tanto nos gusta andar.

Fue el que yo hubiese querido ser y aquel a quien hubieses querido unirte.

Y así habremos vivido obsesionados por *el otro*.

Uno por uno.

Uno sin uno.

—Recuerdo aquella mañana que, por un sendero de montaña, nos cruzamos con un hombre rubio, de estatura media, frente despejada, mirada de un asombro tal que descubriría, se hubiese jurado, la maravilla del mundo y de las cosas. Un extranjero, probablemente. Nos sonrió y respondimos por cortesía con una misma sonrisa a su saludo.

Nos hizo una gran impresión. No me hablaste de él; pero su imagen se coaguló entre nosotros. Y lentamente, ah materialidad de la muerte, se impuso como nuestro tercer rostro.

El otro fue, en su inflexibilidad, el peligro de un paso. Será, en su complejidad, el rostro revocado del rostro.

Devoradora de vida insuflada, le amas para nuestra muerte.

El otro salvado en la muerte, por Yael. De ese modo se salva ella por él. La nada acude a salvar a la nada. *El otro* fue el consentimiento a un designio premeditado; por eso es, en sí mismo, *el otro*.

Me pego a sus huellas. En el seguimiento, me sucede que a veces le sobrepaso; por ir, Yael, más allá de tu gesto. Te echo encima el desconcierto. Desmenuzo profusos pensamientos.

Tu cara, por un momento, se hunde en la mía.

Llama discretamente a mi puerta. Entra. Se queda inmóvil ante mí. Callado.

Y entonces te veo en tu alma, como si tu amor por él te entreabriese.

No eres tú, Yael, quien blandirá el cuchillo. *El otro*, a tu luz, es un pobre planeta inhabitable.

Murmuré cuando entraste: «¿Y?».

Contestaste: «El corazón aguanta».

¿Cómo podría vivir sin cabeza? ¿Acaso no se la he cortado?

Me dijiste: «¿Qué le has hecho a mi cara?»; igual que hubieses preguntado: «¿Has visto mi barra de labios?».

Dotar a la sombra de un cuerpo y lamentarlo luego. El cuerpo fue arrojado a los tiburones. La sombra está echada sobre las olas.

Por el cuerpo le reconocías y me confundiste.

Con lo que se demuestra que el cuerpo, antes del alma, es acorde de ausencia.

Visible para dejar de ser.

Ir a lo real, ¿no es acaso volver a hallar la irrealidad?

La realidad es la certeza de una irrealidad que nos hace tomar conciencia de nuestros actos y de nosotros mismos.

(Irrealidad de sentido y de hecho, de signo y de sanciones.)

La muerte, otoño destrozado.

No vivió nunca con su cabeza. Ésta es su cabeza, mi cabeza. Ovalada, antes de alargarse, de volverse una aceituna en el vacío, antes de alargarse, de transformarse en lazo de aceite, antes de alargarse, de no ser ya más que un hijo de fervor y, luego

de dejar de ser, pero dejando la impresión de que se sigue alargando, como un rayo captado en el crepúsculo, al que acompañamos por la noche aunque ya no lo vemos, aunque ya no lo veíamos desde hacía mucho.

Su cabeza no forma parte de su cuerpo. Su cuerpo acaba en el cuello, con una cabeza de recambio al alcance de la mano. Su cuerpo no forma parte de su ser. Sus hombros no son los suyos, tampoco su brazo; ni su pecho, ni la pelvis, ni las piernas. Un ser disponible, carente de carne y huesos. Un ser a la sombra de su cuerpo, de una cabeza, mi cabeza.

¿Cuándo lo maté?

¿Se suicidó?

¿Estaré también yo muerto?

Excluido en mi venganza.

Devuélvele la vida. Tenemos una cuenta que ajustar. La vida hace sus cálculos. Los resultados correctos cuentan con el aval de la vida.

Devuélvele la vida, Yael.

El amor, en el mal, se pone en manos de la muerte.

En mis divagaciones, he sobrevolado las distintas formas de la vida. La vida de la hormiga no es, hablando con propiedad, la del hombre. Línea recta de vida —la del santo y el héroe; línea de vida zigzagueante— la de la hormiga.

Una vida de luz es circular. Una vida de agua está formada por pliegues.

¿Qué forma tiene nuestra vida, Yael? Hormigas sin tarea, cigarras sin luz.

No tenemos ni siquiera la opción de la sombra ni de la curva.

Pirámide de rayos cuya cima se desplaza con el día. El sol se encuentra dentro.

Ah, sepulcro del alma.

Muere el signo en el signo y el hombre en el hombre.

Todo derecho. Tenemos que ir todo derecho a la orilla. El intervalo es de agua. Ay de quien no sepa nadar. Ninguna ayuda, ninguna yerba.

Hierba amarga, ¿sigue siendo planta? Fuente ácida, ni la menor queja en los bordes de claridad.

El pájaro se ha anexionado el azul celeste.

Yo, camino. La tierra cede ante las alas apremiadas por tomar al aire todo el tiempo del viaje.

¿Dónde me detendré, Yael? Tengo que ir, ir, ir hasta donde el Todo se resuelve en Nada.

¿Es el libro curación? Será siempre el libro que habrá de venir.

¿No es extraño: ese libro que sobrevive a la muerte y que está formado por todas nuestras muertes, como si la muerte humana no fuese más que una herida a la que sólo nosotros no pudiésemos resistir?

Morirás en el libro en que muero yo con *el otro*, después de Dios.

¡Ah!, morir de la muerte del milagro.

3

Esa cosilla que es una cosilla en la cosa más pequeña, ¿es la verdad? ¿Dios?

La muerte larga las velas de la curación. ¿Vocablo, curandero sagrado?

¿Tiene el libro la edad del alma?

¿Será acaso el alma un silencio engastado de recuerdos? Memoria impercedera, para siempre escrita.

Libro, lugar privilegiado del universo intercambiado. Entonces, infinitamente todo es distinto, todo pretende ser extrañamente real.

El hálito, del que depende el cuerpo, es un trébol de viento. ¿Reaparece en el cielo, azul césped, antes de la tormenta o quemado por el sol?

Mira en qué puede convertirse un libro. Las palabras que ya no se distinguen son las más significativas; fulgores de las noches, hiedra al alba.

Volvamos al alma. Si es el libro, es el folio virgen; pero un folio que se ha escapado de la pasta; el clásico formato de un folio de aire tibio.

La vida mendiga en ella las palabras que le ayuden a morir, aves rapaces.

Sobrevivir, ¿es vivir sobre la vida; vivir sobre la vida muerta; vivir la muerte toda una vida?

¿Por qué esta obsesión del libro en que la nada, en cada debate, vence?

¿Por qué esas páginas, como llagas de opio en el cuerpo y en el espacio; esa embriaguez, a cada pesadumbre del día, más viva y graneada?

¿Por qué esos ojos sin lectura siempre dispuestos a leer; esa voluntad demencial de sanar gracias al vocablo, si toda frase no es más que un hipo, un estremecimiento, un insignificante tic del vacío?

Si se privase del libro a la tenebrosa criatura, se conformaría con los errores de imprenta.

Cielo constelado. Raro en esta época. ¿Qué desvela el fuego glacial de la estrella? ¿Qué pretende transmitir? Lo siguiente: La luz de Dios ha estallado en el espacio.

Cada astro, en la noche del hombre, es asiento del gesto abolido; pero, incalculables escritos, de frontera en frontera, ¡ah!, cuántos cielos que no leeremos nunca.

Me encarnizo con un dios difunto. ¿A qué esforzarme tanto? La muerte va alerta a la muerte. No llegaré antes que ella. No lo haré mejor que ella.

El mañana es siempre el día siguiente de una sombra.

Hacerse veraces —¿La verdad? Desgarradura de la madre en el parto; desgarradura del ser en el momento de la muerte—; proceder al corrosivo peritaje del vacío. No es posible buscar la verdad fuera de uno mismo.

Cela la mentira una verdad que devoran sus propios suplicios.

Dentro, es en las entrañas donde se decide todo. El Todo se hace vacío. El vacío desfleca la Nada.

Pienso en el corazoncillo, esa planta vulneraria cuyos infinitos agujeros me hacen suponer, ahora, que consigue curar gracias a sus flagrantes aberturas a la nada.

Nuestros recuerdos fueron nuestras semillas.

Y así la verdad nos visita y contamos sus huellas que el momento, que la hora, que cada sentido y cada pulsación de nuestra sangre recogen.

De ese modo, habré sacrificado la armazón al terror del indicio.

Hacia atrás, glorificando el tiempo limpio ya de sus cenizas. Sin sospechar yo que la resurrección de la llama es una de las múltiples manifestaciones de la soledad y de la muerte.

(No quiero recordar, Yael, más que lo que apenas rozó la

sombra. Tu mano, para una imperceptible monodía, en la mía. Ah, suavidad semejante, en su discreción, a la luz tamizada de la pantalla de la lámpara.)

La arbitraria relación repele la verdad. La comunicación es un acuerdo fundado en una sumisión mutua al silencio de una palabra que ha agotado todas las apuestas perdidas.

A los libros a que he dado mi nombre los he colmado de signos decepcionantes en su confrontación con la verdad del vacío.

Hasta llegué a imaginarme su capacidad de presencia última, la que determina los inicios de la creación y del mundo y juzga.

¿No será acaso el origen más que la exaltación de la renuncia de uno mismo hasta el arrepentimiento de Dios ante la creación que consagra Su nada?

Vanidad de la matriz.

Y tú, Yael, que me hiciste llorar a menudo y que a menudo fuiste la húmeda escollera contra la que se estrellaba mi alegría, ¿acaso no eres el otro lugar de un cuerpo dejado en prenda a quien no puede seguirte?

El mar, Yael, monótono rumor de nuestro caminar de playa en playa.

Ahora estoy seguro de ello; tras su espectacular victoria en los escombros de su unidad, el mundo será aniquilado por el mundo, igual que lo es, todas las noches, el hombre por el hombre.

Si, en su mera evocación, la verdad es víctima del desengaño, el hombre veraz es mártir, pues, de su vacante voz.

Lo grande que es nuestra desdicha en su desconcertante capacidad de conexión.

Ah, Yael, lo lentamente que el día, día tras día, costea el día.

Nos callaremos en la pureza de la página que la pluma no habrá podido asediar.

Sonará, así pues, la hora. Todas esas cosas crueles dejarán de hurgar con hierro en mi alma y en mi carne. Me encontraré sin ti al cabo de un padecimiento compartido que la yema indispone.

Volver a abrir la vida para sacar su fondo.

El plomo posee la clave de las zambullidas.

Nuestro grano de arroz es medio negro y medio blanco.

Conforme caminábamos, lo negro era menos negro y lo blanco menos blanco.

Desde el origen,
un segundo,
el mismo,
el nuestro.
En ese segundo,
el día, la noche,
una vida,
toda la vida,
la nada.

¿La nada? Un punto de sombra litigioso, donde el mundo se organiza en el polvo de los mundos desaparecidos.

Donde todo se dice.

La noche se dice.

Todo sucede, pues, en el silencio de una palabra al descubierta.

Entre dos páginas.

No habrá invitados a esa baza última.

¿Cómo aceptar lo que tiene todas las posibilidades de imponerse sin preocuparse por lo que, en sus esperanzas, se acastilla?

Lo que no hallaremos nunca es, quizá, el bien.

Me habías precedido, Yael, por el camino. Sabías que no era en vano que no acabásemos nunca de caminar y que la mentira movía al mundo, igual que el viento las aspas del molino.

La razón te incitaba a descansar, pero la muerte es una aventurera con armonioso timbre de sirena.

Tu vientre arrojó la tormenta. Tu hijo muerto truena, Yael, en medio de tus lágrimas.

«A la conquista del eco —decías—, a eso tendemos todos.

El eco, apariencia de la apariencia, sonoridad de infinitas sonoridades, es la realidad, la cotidiana mentira.»

Ah, Yael, sacerdotisa en el umbral del Templo, ¿morirás en olor de santidad, víctima de la luna, víctima de tu lucidez?

El Todo sigue siendo el deseo desordenado de Todo.

El libro

Si ya no hubiese tierra ni cielos, no estaríamos nosotros en la desnudez de los años detenidos.

No perdemos nunca el libro, nos perdemos.

No he salido de mi domicilio. ¿A qué día estamos? Casi no tiene ya importancia. He releído las páginas redactadas después del crimen. He releído mi Diario y cierto número de folios guardados —¿desde cuándo?— en la misma caja. Maquinalmente, al ordenarlos, los he puesto encima del relato de mi crimen y de mi Diario. Daba de ese modo vida al libro que, sin darme cuenta, quiero decir, sin haber pensado en ello ni una vez durante todos estos meses transcurridos fuera del libro, había compuesto.

El libro no necesita al hombre para hacerse; se hace a través de él. Del mismo modo, en la existencia, nos llevan las horas, de una a otra, indefinidamente. Un libro que habría podido contener todas las palabras de nuestros pensamientos y de nuestros gestos pero que, a fin de cuentas, sólo había conservado las que había escogido, conforme a un orden y a una economía y con las que se solidarizaba.

No hay forma, pues, de ampliar algunas frases, de añadirles otras que las hubiesen apartado de esa inclinación al aforismo a que a menudo sucumben. Se negaban, respaldadas en su actitud por una elevada idea del libro que se halla en el libro, como si en su concisión, en su altanero apartamiento residiese la claridad, la que, desde dentro, ilumina la obra.

En su ambición, el libro pretendía ser el libro de la mirada.

El ser, la cosa sólo existen en el azogue que los desfigura. Nosotros somos las innumerables facetas de cristal en que se refleja el mundo y nos remite a nuestros reflejos; de tal suerte que

podemos conocernos tan sólo a través del universo y lo poco que ha conservado de nosotros.

El conocimiento que tenemos de nosotros mismos descansa en la interpretación de una interpretación anterior que damos por buena al despertar y nos precederá en la muerte, cuyas etapas, a lo largo de las noches, narra el instante.

Los ocho meses que viví hasta el crimen, ¿fueron únicamente meses de escritura? ¿Y cuál es el misterio de este libro que he llevado hasta su conclusión a costa de la vida de un ser imaginario que fue mi razón de vivir? ¿Acaso se trata sólo de ocho meses de dolor y de angustia? ¿No fue concebido este libro antes, mucho antes? En tal caso, para el libro, todo debía suceder de esa manera. En tal caso, he sido instrumento de un inexorable destino que los vocablos me habían hecho asumir.

Pienso en el libro y Yael ya no existe. ¿Había muerto antes de nacer, como el hijo de su primer amor? Entonces, ni ella ni yo habríamos dejado nunca el invisible reino de los muertos donde nos habríamos extraviado, creyendo que seguíamos nuestro camino; yo en busca de ella; ella, en su deseo del *otro*.

¿Qué más da ahora que haya sido asesinada o no? La muerte no tiene el sentido que le damos en la muerte. La muerte violenta va unida al acto veraz más sano y más digno. Es la aurora que saludan con un ademán rojo de fidelidad al fuego todas las sombras dispersas, perdidas.

«Es usted un narrador», me había dicho, una vez, un amigo.

¿Cómo serlo, cuando la palabra, la imagen intervienen a cada vez para hacerse oír en su halo, cuando la historia se construye con fragmentos de contrahistorias y el silencio acecha al mundo?

V

E L Y A